

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — Tomo XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 23. — N° 589.

SUMARIO.

La casa de Rossini en Passy; grabado. — Revista española. — Sucesos de Dinamarca; grabados. — Fiesta de

beneficencia en Vernon; grabado. — Cochinchina; grabados. — Revista de Paris. — A un jilguero. — A una flor. — Verídica historia del señor Criptógamo Papanatas; grabados. — Paris y Londres en 1793. — La fabricacion del agua de Seltz; grabados. — El general

polaco Bossak; grabado. — El emperador pasando revista á los regimientos de caballería; grabado. — El corredor de playa. — Problemas de ajedrez; grabado. — M. Ampere; grabado. — El vicealmirante Penaud; grabado. — Ruinas del castillo de Tiffauges; grabado.



La casa de Rossini en Passy.

La casa de Rossini en Passy.

Hé aquí la habitación de verano del célebre maestro. La casa está situada en un terreno que componía parte del antiguo pueblo de Passy, hoy incluido en el recinto de la capital, á la entrada del bosque de Boulogne. Este terreno es triangular y ofrece la forma de un piano de cola. Entre diversos lotes que presentaron á su elección, Rossini compró este, diciendo que por su forma estaba destinado á un músico. Mide unos doce mil metros, y representa una suma de mas de cien mil francos.

El arquitecto, M. Doussault, ha sacado todo el partido posible de la cantidad que le señaló el maestro, quien no quería sino una casa modesta, y ha elevado una construcción muy elegante, muy homogénea y muy armoniosa en sus proporciones. En el pabellón del jardín, mas á sus anchas para dar rienda suelta á su capricho, ha adoptado la forma oriental, y nada puede verse mas lindo que ese pabellón cuajado de graciosos arabescos.

En cuanto á la casa, según el deseo de Rossini, es una habitación modesta. La distribución interior pertenece casi enteramente á su dueño; el arquitecto no ha hecho mas que coordinar y arreglar según sus intenciones y su conveniencia; pero la disposición del vestíbulo, del comedor y de la sala que en caso necesario puede transformarse en teatro, hace el mayor honor á su talento. El gabinete de trabajo, el santuario donde tan pocos penetran, es la pieza predilecta de Rossini; allí pasa horas enteras, encerrado con su piano, escribiendo, aumentando esa colección de composiciones inéditas que nadie conoce, y que seguramente harán un día el encanto y la admiración de los aficionados á las obras maestras.

A. D.

Revista española.

La primavera y sus consecuencias. — Cosas del mes de marzo. — Funciones religiosas. — Obras de arte. — Presentación de la infanta en Atocha. — Esponsales de la infanta María Isabel con el conde de Paris. — Novedades teatrales. — *Salir sola*. — El fruto prohibido. — *Escenas íntimas*, ó sea una teoría ecléctica sobre el matrimonio. — *El Pedestal de la estatua*... de Cervantes. — Un autor dramático y un empresario. — Un lazo bien tendido. — Libros nuevos. — Dos cartas célebres. — Un buen chasco. — Preguntas y respuestas.

La primavera, que llama á las puertas del almanaque, ha dulcificado la atmósfera y empieza á embellecer los pintorescos árboles y á llenar los mercados con sus aromáticas violetas.

¡Cuánta alegría derrama en todos los seres ese múltiple quejido de placer que producen las nieves de las montañas al deshacerse bajo los primeros rayos del sol primaveral; las flores al romper el botón que comprime sus hermosos pétalos, y las hojas de los árboles al mecerse dulcemente á los tibios soplos de las auras de abril, en cuyas ténues alas vuela oculto el germen regenerador de la naturaleza!

Empiezan á desvanecerse las pesadas brumas del invierno, y tras el tenebroso manto de nubes que enlutaba la inmensa bóveda, aparece de nuevo el trasparente azul, ese espejo de lo infinito, en cuyo ilimitado fondo se abisma la inteligencia humana.

Bien venida seas, estación de las flores y de las brisas, precursora de las exposiciones, de las giras campestres, de los viajes, de los baños y del amor.

El mes de marzo ha sido fecundo en acontecimientos, y mi deber de cronista me impone la obligación de referirlos á mis lectores.

Con efecto, durante este mes se ha celebrado en casa de uno de nuestros mas conocidos poetas una reunión artístico-literaria, en el palacio de Madrid la ceremonia del bautizo de la última hija de nuestra soberana, en el de San Telmo, en Sevilla, los esponsales de la bellísima hija de los duques de Montpensier, con su primo el apuesto conde de Paris, las fiestas religiosas consagradas al aniversario de la pasión y muerte del Redentor del mundo, las procesiones de semana santa.

Pero hablemos con método, ó por partes. En un pueblo tan eminentemente católico como el nuestro, sería inútil decir que el homenaje que la Iglesia ha consagrado al Salvador ha sido grandioso y esplendente; todos los templos han rivalizado en magnificencia y solemnidad, siendo dignos de especial mención los divinos oficios de la Real Capilla, donde se han ejecutado las *Lamentaciones* del maestro Eslava, así como las del señor Juzenga, cantándose además un *Stabat Mater*.

También han sido notables los oficios celebrados en las iglesias donde se reúnen ordinariamente los caballeros de las cuatro órdenes militares, en cuyos templos se han visto las damas mas conocidas y elegantes de la aristocracia.

En San Francisco el Grande se reunieron los caballeros de la orden de San Juan, ocupando el sitial destinado al gran prior, el infante Don Sebastian.

En el monumento colocado en Nuestra Señora de Atocha, se ha estrenado una cruz de luces igual á la que tanto llama la atención en la catedral de Toledo, y un tenebrario representando el ángel de la Redención rompiendo las cadenas del pecado, cuya principal figura se ha hecho en Barcelona.

En el monumento que se ha levantado en la iglesia de las Comendadoras de Santiago el Mayor, figura en pri-

mer término un arco del renacimiento, en el que están colocadas cuatro estatuas, que representan la Religión católica y las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad.

En la parte alta del arco se ven los escudos de armas de la orden, los pendones, los puñales de los antiguos maestros, con sus cruces floreteadas de brazos iguales, sobrecargadas de cinco conchas, que son las cruces que en todo tiempo ha usado la orden en sus pendones, reservando la cruz-espada para los hábitos y ropas de los caballeros.

En el centro del arco se ve la insignia de nuestra redención, y luego, en primer término y parte baja, está colocada el Arca de la Alianza, símbolo del Antiguo Testamento; en segundo término y á los costados, los cuatro evangelistas, que han legado á la posteridad el testimonio de los misterios que la Iglesia celebra en estos días; finalmente, en último término aparece el apostolado adorando el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, recordando que ellos fueron los primeros que adoraron el Pan bendito por el mismo Salvador.

Cubren las paredes de la capilla mayor lienzos con nubes y ángeles, formando la Gloria que rodea á tan altos misterios.

Las calles mas céntricas y mas apartadas de la corte apenas podían resistir el incesante vaiven de la multitud que se desbordaba como un río sin cauce, ansiosa de contemplar la sagrada procesion del Santo Sepulcro.

Las damas habian desplegado un luto elegante, y la palidez de sus rostros concertaba con la solemne gravedad de tan conmovedor espectáculo.

La Oracion del huerto, Jesus atado á la columna, el Ecce Homo, Jesus Nazareno, el Encuentro con la Verónica, el Santísimo Cristo de la Fe, la Virgen de la Soledad, y por último el Descendimiento, magnifico paso que se compone de seis figuras, eran las mas bellas imágenes de que constaba la procesion, en la que por cierto no he visto la inusitada pompa que se despliega en las orillas del Guadalquivir en todos sus actos religiosos.

La santa semana ha concluido ya, y repito que se ha celebrado con la dignidad, el respeto y la lucidez de un pueblo verdaderamente religioso.

Antes de que tuvieran lugar estas funciones se celebraron el bautizo y los esponsales de las augustas herederas de los reyes de España y de los duques de Montpensier.

El bautizo de la princesa Eulalia fué suntuoso, y mas aun su presentación en la basilica de Atocha.

La casa real de España lució todos sus trenes y las brillantes galas que los completan el día en que Su Majestad restablecida salió por la primera vez de Palacio para dar gracias á Dios en el templo por su feliz alumbramiento.

La reina vestía un magnifico traje de corte de color de púrpura, y tanto la preciosa corona que ostentaban sus sienes, como el resto del aderezo con que ornaba su pecho y sus brazos, eran de una riqueza inmensa.

Excusado es decir que el pueblo de Madrid saludó á su soberana con verdaderas muestras de entusiasmo.

Los esponsales del conde de Paris y de la infanta Doña Maria Isabel se celebraron con gran pompa en el palacio de Sevilla el 19 del actual.

La jóven desposada llevó á esta ceremonia un magnifico traje de moaré verde, con manto igual, diadema y aderezo de perlas y brillantes.

Su venturosa madre, á quien la felicidad presente consolaba de la última pérdida que ha experimentado, vestía un rico traje y manto de raso amarillo, guarnecido de encajes blancos. El aderezo que llevaba era de esmeraldas y brillantes.

Sus demás hijas lucían vestidos blancos con mantos guarnecidos de cintas azules y rosas.

Dícese que la augusta desposada profesa un acendrado cariño á su primo y próximamente esposo el conde de Paris. Todos auguran que serán muy felices, y todos lo desean, porque esta jóven, lo mismo que sus padres, goza de universales simpatías en nuestro país.

Antes de daros cuenta del último de los acontecimientos notables que he enumerado al principio, justo es que os hable algo de las funciones teatrales que en todo el mes de marzo han ofrecido al público como novedades las empresas de Madrid.

Pocas han sido, y no sobresalientes. Sin embargo, os diré algo de las mas principales.

En el Circo se ha estrenado una comedia titulada: *¡Salir sola!* En Variedades otra, original de un poeta muy simpático, titulada *Escenas íntimas*, y un drama titulado *el Pedestal de la estatua*, y original de otro poeta que ha adquirido entre nosotros cierta celebridad por sus infortunios.

Siguiendo mi costumbre, os daré á conocer estas obras.

El título de la comedia estrenada en el Circo simboliza una de las mas constantes ilusiones del sexo débil, sobre todo mientras que las mujeres no han llegado al desenlace de la primera parte de la novela de su vida, ó en otros términos, hasta que no se ciñe á sus sienes la corona de azahar y reciben el anillo nupcial en cambio de su blanca mano.

¡Salir sola! Este acontecimiento tan natural y tan sencillo, es, gracias á las prácticas sociales, la mas bella esperanza de la inocente colegiala que pasea por las calles de un hermoso jardín en las horas de asueto, en los momentos en que las jóvenes quieren mejor soñar que jugar; es el fruto prohibido de la mujer soltera, cuando aun no ha abandonado el encantado eden de su juventud. Pero ¿qué quiere decir este deseo? ¿Es la forma modesta de un sentimiento vehemente? ¿Es un

capricho, ó una aspiración meditada lo que le incita á desear lo nuevo, lo desconocido, lo que la impulsa á ambicionar lo que no posee?

Yo creo que todas estas causas producen el mismo efecto: el autor de la comedia que analizo funda el deseo de su protagonista en una de ellas, en la menos poética, en la menos interesante, en un mero capricho.

Diré en breves palabras el argumento de la comedia. Adela está casada con un jóven pintor que la adora, su posición es bastante desahogada, lo que en cierto modo no deja de ser la excepción de la regla, y los dos viven muy felices. En medio de tanta dicha, solo una nube oscurece el hermoso cielo de la jóven esposa: según confiesa á su amiga Luisa, cansada de salir en compañía de su tia Ursula, de su tio Juan y de su madre, entró por mucho en su determinación á unirse con el jóven pintor, el deseo de *salir sola*.

Adela quiere á toda costa realizar su capricho, y aprovecha la circunstancia de que su esposo puede dispensar un favor al de su amiga, recomendándole al ministro de Hacienda, cuyo retrato debe hacer; recurre á todos los medios femeniles, como desmayos, súplicas, mimos, etc., etc., y apenas le ve partir, pide su mantilla y se lanza á la calle.

Como es de presumir, la sigue un jóven, uno de esos antiguos pisaverdes y modernos pollos, que adorna su conversacion con indigestas locuciones francesas, que rivaliza en elegancia afectada con los figurines, y que además es conocido del pintor y de su amigo, de este último por lo que le ha hecho rabiarse una noche que pasó cuatro horas en el paraíso del Teatro Real flechando los gemelos á su esposa. Este ridiculo y atrevido personaje sigue á Adela con todas las reglas del arte que para seguir y molestar á las damas han inventado esos zanganos que abundan en las calles de Madrid, y no teniendo mas recurso la culpable esposa que el de guarecerse en casa de su amiga Luisa, busca refugio en ella y le refiere su aventura. El descarado pollo la persigue hasta en sus trincheras, y tomándola por una modista, lleva su atrevimiento mas allá de lo que permite el decoro.

Desde este instante la comedia se reduce á una serie de entradas y salidas de los personajes, los maridos llegan, las mujeres hacen lo posible, la culpable para no ser vista, la inocente para no aparecer sospechosa. Las peripecias son las mismas que las de infinitas comedias y sainetes del repertorio fuera de servicio, y el resultado es que Adela se ve expuesta á ser sorprendida por su bondadoso marido en flagrante delito de rebelion, que tiene que sufrir las consecuencias de su pecado, que engaña al hombre á quien debe su felicidad, y que por último, tiene que implorar su perdón, no sin sonrojo ni temor de no ser perdonada. ¡Y todo por salir sola!

Como comprenden mis lectores, el asunto de la obra es trivial, y falto de novedad su desarrollo y su desenlace.

Algo mas bella es en su forma la producción del jóven y simpático poeta don Enrique Gaspar, estrenada en Variedades; y sin embargo, el interés que inspira no es tampoco muy grande.

Propónese el autor probar que la tranquilidad en el matrimonio está basada en el justo medio respecto de la conducta que en su trato íntimo deben observar los esposos, y á este fin nos presenta dos ejemplos, que no son otra cosa que los extremos. Arturo y su mitad se adoran, no saben vivir el uno sin el otro, se arrullan como tórtolas, son cariñosos hasta la puerilidad. El otro matrimonio que nos ofrece es el reverso de la medalla. La exposición, aunque exagerada, está hecha con ingenio, la comedia ostenta sus atractivos, el poeta está en su terreno, el cuadro parece trazado de una sola pincelada.

En cambio el segundo acto que nos separa del primero el espacio de diez años, se resiente de esta falta de unidad de tiempo, que no censuraré, pero que con la libertad que ofrece al escritor, le impone condiciones imprescindibles. El cuadro varia completamente: los que vivían en la indiferencia pasan del extremo al justo medio, son muy felices, él hace pajaritas para su niño, ella no echa nada de menos, viven como unos benditos: los que se idolatraban varian de situación. El hastío se ha apoderado del alma de Arturo, y buscando un remedio á su fastidio en la política, se transforma de tal modo, que trata mal á su mujer, la insulta y la abandona, dejándola una hija.

La comedia toma las proporciones del drama: entre el primero y el segundo acto no hay diez años, sino un abismo.

El esposo, despues de andar diez años por el mundo gozando su libertad, vuelve, se reconcilia con su mujer, y comprende lo funesto de los extremos. Todos son felices y acaba la comedia. El desarrollo del pensamiento revela la inexperiencia que he atribuido á su autor al idear su obra: los caracteres no están mas que bosquejados en las inexpertas manos de su creador. Las situaciones adolecen del mismo defecto, pero en este embrión se descubre el talento que ha sabido demostrar en otras producciones el señor Gaspar, se adivina lo que su imaginación, impresionada por la observación, podrá hacer mas tarde.

Réstame hablar del *Pedestal de la estatua*, y para que mis lectores estén al tanto de lo que aquí pensamos sobre los últimos productos de la literatura dramática, les haré un breve juicio crítico de esta obra, en cierto modo pretenciosa.

El teatro de Variedades, á falta de otra cosa nos ha ofrecido una composición, que aunque la empresa la ha calificado de drama, su autor, mas precavido, ha tenido

buen cuidado de advertir al lector que no es un drama, sino la apoteosis de un gran hombre lo que pone en sus manos.

Como tal lo acepto, y de buen grado, porque todo respira en ella admiración y verdadero amor hacia el inmortal autor del *Quijote*.

El señor Barcia, que es un poeta, ha bosquejado con los suaves y melancólicos colores de su paleta la figura de Cervantes, en un momento de su vida en que el dolor y la miseria le hacen interesantísimo.

El poderoso genio que había elevado sobre el casi desierto campo de la literatura española un imperecedero monumento, que había realizado en su forma mas lata la ingeniosa y fecunda idea de la novela, el hombre a quien los siglos debían venerar y admirar las naciones, aparece a la vista del espectador en una de esas crueles situaciones en las que la voluntad se estrella en lo imposible.

Pobre de recursos el que tan rico era de ingenio, anciano ya y abandonado el que mas tarde debía vivir en la imaginación de todas las generaciones, no ha llegado al colmo su martirio al presentarse en el sencillo, pero bellissimo cuadro que el poeta ha trazado. Todavía le queda que sufrir, todavía se ve obligado a sepultar a su hija en el claustro por carecer de los recursos necesarios para mantenerla.

En medio de tan acerbo dolor, le sonríe una esperanza: le han anunciado que el condestable de Castilla ha recibido orden del rey para que vaya a visitarle, y luchando con la perpetua duda que le han dejado los desengaños por compañera, cree, sin embargo, que el auxilio llegará a tiempo para estorbar que su obediente hija sacrifique a la pobreza de su padre la felicidad de un amor que forma para ella los risueños horizontes de su modesta vida.

Pero la dicha con que sueña tarda demasiado, Isabel abandona el hogar, Cervantes no puede soportar la angustia de tan terrible trance, la ve partir y sus ojos ya no tienen lágrimas, la fiebre de la muerte late en sus venas, todo anuncia su fin. Al cabo llega el condestable, el último reflejo de la esperanza brilla en aquellos escaldados ojos, pero no tarda en extinguirse.

El rey desea la espada que esgrimió en el combate el Manco de Lepanto; para nada se acuerda del autor del *Quijote*; quiere un trofeo, la miseria del héroe le es indiferente. Esta última gota tenía que apurar en su cáliz de amargura el genio ilustre, las quejas que brotan de sus labios acusan a todo un siglo: aquel hombre inmortal solo encuentra un consuelo en la muerte, y arrojando a sus pies el libro que es el timbre mas claro de la literatura española, exclama:

Pueblo entusiasta y leal,
Tú que ignoras hoy el mal
Del pobre Miguel Cervantes,
Cuando una estatua levantes
Ahí tienes el pedestal.

Así termina la obra, y el público no puede menos de aplaudir a su autor; pero el drama no es un drama; es un cuadro, es una figura interesante, es una lágrima y una corona de laurel que ofrece un verdadero poeta al gran Cervantes.

La composición dramática ha desaparecido de la escena: pero queda el libro, y de seguro que no se perderá.

He pasado revista a los teatros presentes; justo es hablar ahora del teatro del porvenir.

El *Teatro Nacional* que os anuncié en mi revista anterior, empieza a dibujarse en el horizonte de la literatura dramática. Contamos ya para su erección con el deseo del público y de los actores, con un proyecto y con la voluntad del gobierno. No se crea que es poco.

Aceptada la idea en principio, falta encontrar los medios de llevarla a cabo. Yo no dudo que se hallarán; pero me parece que antes de que se tome una resolución definitiva, es necesario parar mientes en muchas consideraciones atendibles.

La reunión que se celebró en uno de los primeros días del mes en casa del señor don Eduardo Asquerino, con motivo de la creación del *Teatro Nacional*, tuvo la importancia de una verdadera solemnidad artístico-literaria, la mas caracterizada y brillante que de mucho tiempo a esta parte se ha verificado en España.

Invitados por el dueño de la casa y por los señores Vega y Ayala, los poetas, escritores, artistas y otras personas que se han señalado por su amor y protección a las letras y a las artes, acudieron en extraordinaria multitud.

El señor Asquerino empezó por dar cuenta a la reunión del éxito lisonjero que habían logrado sus gestiones cerca del gobierno en favor de la creación del *Teatro Nacional*, y por excitar a los concurrentes a que propusiesen los medios de dirigir un voto de gracias, así a los actuales consejeros de la Corona, como a sus antecesores, que se habían manifestado también cuando ocupaban el poder, ardientes partidarios de esta empresa patriótica, favoreciéndola en cuanto les fué posible.

El señor marqués de Molins, como individuo de la comisión nombrada en otra junta anterior para suplicar a S. M. la reina que se interesase por el *Teatro Nacional*, refirió la entusiasta acogida que mereció a nuestra soberana tan patriótico pensamiento, y luego propuso que se nombrase una comisión que diese las gracias al gobierno en nombre de las artes y de las letras, allí representadas por la mayoría de sus mas ilustres hijos.

Como es de suponer, todos aceptaron la idea del autor de *Doña María de Molina*.

Difícil creo que puedan entenderse los que hasta ahora se han esmerado en mantener encendida la tea de la discordia entre autores y actores. El teatro nacional que puede dar decoro al arte, ha de perjudicar sin duda intereses creados, y las voces de estos intereses se dejarán oír, suscitarán obstáculos y abultarán los imposibles.

¡Que sean inútiles sus esfuerzos! Ese gran teatro que se proyecta debe levantarse sobre los rencores y envidias que han de tratar de sofocarle, para ofrecer con él un decoroso monumento al teatro español, que en mi opinión ha sido y es el primero del mundo.

La nación debe este homenaje a uno de sus mas preclaros timbres de gloria: levántese el teatro, repito, y déjense para despues las cuestiones que querrán resolverse *a priori*; pero téngase presente que el objeto de este teatro es poner término a la precaria y azarosa situación en que se encuentran el arte escénico y la literatura dramática, darles el necesario desahogo para que puedan levantar su vuelo y mostrarse a la altura de su misión civilizadora, en una palabra, rodearlos del prestigio que necesitan y que casi han perdido, gracias al egoísmo de los que mas inmediatamente estaban llamados a sostenerle y aumentarlo.

La creación del *Teatro Nacional* debe simbolizar la unión de todos los elementos mal avenidos, la unión inspirada por un verdadero amor al arte.

Volviendo a la reunión, añadiré que en medio del entusiasmo y la alegría que reinaba en todos los corazones, el señor Asquerino dió cuenta a los concurrentes de haber recibido un expresivo recado del actual ministro de la Gobernación, manifestándole adherirse calorosamente a los nobles sentimientos que animaban a la reunión, y prometiéndole, que si él continuaba en el alto puesto desde donde saludaba a sus hermanos en las letras, *el verano próximo se colocaría la primera piedra del Teatro Nacional*.

Amenisimas fueron las horas que se siguieron (hasta las tres de la mañana) por los discursos que se pronunciaron, los versos que se leyeron ó recitaron de memoria, las delicadas armonías que arrancó al piano el eminente aficionado señor Genaro Quesada, las sales cómicas que se debieron a la inspiración musical de los señores Barbieri y Moderati, y las inimitables escenas que representaron los señores Caltañazor y Cubero.

Se me olvidaba decir que el señor don Juan Bautista Alonso, en una feliz inspiración, indicó la alta conveniencia de que se resucitase el antiguo *Liceo*, idea que encontró la mas simpática acogida, y fué objeto de las últimas conversaciones, que rayaron en verdadera discusión, y que no serán perdidas en manera alguna para la gloria y el prestigio de la poesía lírica española.

Todo esto es muy bueno, pero para que se realice es necesario acabar con los abusos, con las intrigas y con el pandillaje que se oponen a la marcha del arte, y que son los mayores enemigos de la juventud, que cultivándole con verdadera fe, se ve contenida por la mano de hierro de los monopolizadores del teatro.

A propósito de esto, voy a contaros dos anécdotas.

Hagamos capítulo aparte y empecemos.

El corazon de un director de escena es un abismo, cuyas profundidades nunca podrán sondearse bien.

No ha muchos días que un autor muy conocido llevó una comedia original, en tres actos y en verso, a uno de estos personajes.

— No me parece mal el asunto, le dijo el director despues de oírla; pero tiene escenas demasiado largas... Córtete Vd. un acto.

El autor sacrifica un acto, y vuelve a los dos ó tres días.

— Aquí tiene Vd. la comedia reducida a dos actos.

— Muy bien, contesta el director.

Ocho días despues vuelve el autor.

— ¿La ha leído Vd.? ¿Cuándo empiezan los ensayos?

— ¡Demonio, pues no viene Vd. poco de prisa! He vuelto a leer la comedia... aun me parece un poco pesada para el asunto... Creo que ganaría mucho en un acto.

— Vaya por el acto solo.

Hechas las acotaciones precisas, el autor vuelve con su pieza en un acto.

— Amigo mio, le dice el director con la mayor amabilidad del mundo, veo con gusto que han desaparecido una porción de escenas que embarazaban el asunto.

— Tanto mejor, me alegro de haber acertado el pensamiento de usted.

— Solo hay un inconveniente ahora.

— ¡Un inconveniente!

— Sí, en este momento estoy abrumado de comedias en un acto, y creo dar a Vd. un buen consejo indicándole que debe llevarla al teatro de Jovellanos; allí lo toman todo a granel, porque el género está muy en baja, y sin embargo, las ganancias son mayores.

¿Qué les parece a mis lectores la conciencia del director-empresario?

El director-empresario del que he dado una idea a mis lectores, es un tipo digno de ser descrito. El rasgo que he contado es reciente: vaya otro parecido, que tambien sucedió hace unos cuantos días.

Un escritor bastante conocido llevó a un célebre actor, empresario tambien, una comedia en tres actos con el objeto de que la examinase.

Quince días despues volvió a visitarle.

— ¿Ha leído Vd. mi obra? le preguntó.

— Sí, señor, y me gusta... tiene un sabor literario... una... pero francamente, se nota en varias escenas la inexperiencia... el miedo del poeta que escribe su primera obra.

Pronunció las anteriores palabras de tal modo, que el autor comprendió que su comedia no había merecido el honor de la lectura.

— ¿Y piensa Vd. representarla a pesar de sus lunares? le preguntó.

— Hombre, no, yo quisiera proporcionar a Vd. un triunfo.

— ¿Pero no cree Vd. que el final del primer acto es de gran efecto? continuó el literato. La llegada de aquel personaje que ha pasado tantos años en América excita un vivo interés.

— Si tal, repuso el director, pero es violenta, el público no la espera, y...

— Será verdad; pero aquel cambio de anillos que hay en el tercer acto es muy nuevo y sorprendente. La situación aquella es muy dramática.

— Con efecto, demasiado dramática... ese es otro de los lunares que hallo en su obra.

— Pues amigo, dijo el autor amostazado, el lunar que yo encuentro en Vd., es el de juzgar las obras que no lee. En mi comedia nadie vuelve de América ni se cambian anillos: he querido saber hasta qué punto podía apreciar su juicio, y ha caído Vd. en la red.

El director se deshizo en excusas, pretextó que se había confundido, y pidió mil perdones: el escritor retiró su drama, y se prometió conservar este dato para la historia de *los Misterios teatrales*, que algun día llegará a escribirse, y que de seguro será muy chistosa.

Pasemos a los libros.

Con el título de *Proverbios ejemplares*, ha reunido el distinguido poeta Ventura Ruiz Aguilera, los interesantes y morales cuentos que ha publicado en los mejores periódicos literarios de España.

Cada novelita de estas es la glosa ó comentario vivo de un refran castellano, cuya filosofía ó cuya enseñanza, para que mejor se grabe en la mente del lector, la van desarrollando y explicando los mismos episodios, sin pesados alardes de erudición. Cada una de ellas encierra en si tambien un fin profundamente moral, siendo ya en particular, ya en conjunto, la apoteosis de lo bueno y la censura cómica ó grave de lo ridiculo ó de lo malo, puesto que los actores que en ellas figuran personifican vicios ó virtudes.

Cada uno de los dos tomos que forman esta obra constituye una serie.

Selgas ha publicado su tercer tomo de las *Hojas sueltas*, y Manuel del Palacio un precioso libro titulado *Doce reales de prosa y algunos versos gratis*.

La merecida reputación de que goza su autor y el estilo especial que distingue sus obras son la mejor recomendación de su precioso libro. El señor Palacio ha dado con él una brillante muestra de que es un verdadero poeta que puede recorrer con holgura todos los géneros, desde el epigramático y festivo, hasta el sentimental y elevado de algunas de las poesías contenidas en ese libro.

Con el título de *Historia de la elocuencia cristiana*, está publicando el conocido escritor y abogado del ilustre colegio de Madrid, don A. Bravo y Tudela, una obra que considero de importancia y utilidad, especialmente para los que están dedicados al ministerio del púlpito.

Dánse en este libro noticias biográficas de sumo interés y novedad acerca de los mas grandes oradores cristianos, y se marcan las fuentes y puros manantiales adonde debe acudir el predicador, presentando con gran claridad y precisión los verdaderos modelos de elocuencia sagrada que en todos los siglos desde el principio del cristianismo han sido los maestros de los pueblos en las iglesias griega y latina.

Para concluir, referiré a mis lectores varias anécdotas y curiosidades que distraigan su ánimo.

Entre las cartas que el vapor *Alerta* llevó hace poco a Melilla para el primer batallón de Ceuta, iban dos con sobres tan disparados, que merecen mencionarse. La una decía: *Para entregar. Provincia de la Malega. Distrito de Granada por la venta de Matagatos. Señor Canuto Marcos Cornelio, a donde se halle. Ceuta.* Creemos sea para algun soldado del mismo batallón.

La otra decía en el sobre: A mi hijo Guanico de Ose-lillo — Sordado de un Batayon que se haya en Melilla en Ceuta ó en el camino de esta. Esta carta estaba abierta (aunque franqueada doble) y decía en su interior: « Jubrique Marzal de 180064... Guanico en estas pascuas de Mayo de este presente ogaño bamos a tener mucha divertision porque vienen diez danzaores ocho musicantes y catorce comediantes, figurate Guanico como nos pondremos de pascuas tu novia muy contenta porque ba a bailar mucho. sabras como salió a Obispo el hijo del Tio Ramon tsmare es quien te escribe y quien te dice que con esta ban tres en esa sin tener contestacion parece mentira que no las hayas recibido cuando las mando siempre abiertas no to olvides de ir al correo tu mare Estefiana. »

Vaya otro sucedido reciente:

Un cobrador asturiano, como son casi todos los que hay aqui, llegó hace poco a su lugar, despues de ejercer muchos años su oficio en la corte, y se presentó a sus paisanos con americana, chistera, pantalon de cuadros y botinas de charol, en vez del chaqueton de cuello recto y polainas con que antes le conocieron. Le preguntaron qué hacia en la corte que parecia un diputado, y contestó que se hallaba al frente del ministerio de la Gobernación, manejando muchos millones y ocupado siempre del personal. Esto bastó para que todos admirados de su fortuna le obsequiasen a mas y mejor, sin permitirle hacer gasto y esperando tener pronta recompensa. En efecto, apenas volvió a Madrid llovieron sobre él solicitudes de destinos, y visto que no contestaba,



SUCESOS DE DINAMARCA. — Interior de una batería prusiana delante de Duppel.

algunos emprendieron el viaje a la corte, cayendo de su error al verle en la Puerta del Sol, frente al ministerio, que es donde está el bolsin, con su chaqueton, sus sacos y gran cantidad de deuda del personal que le habian entregado para su cobro.

El chasco fué mayúsculo. Terminaré regalando a mis lectores las siguientes preguntas y respuestas:

¿Cuáles son las dos letras que nunca quieren hacerse allá?

A. K. (aca).

¿Cuáles son las cuatro letras que mas fama han dado a Andalucia?

A. C. I. T. (aceite).

¿Cuál es la L mas colmillada de todas las eles?

La L fanta.

¿Cuál la mas triste?

La L egia.

¿Cuál la mas galana?



Ruinas del Molino de Duppel.

La L gante.
Y sin mas y hasta otro dia, se despide de vosotros vuestro cronista y S. S.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de marzo de 1864.

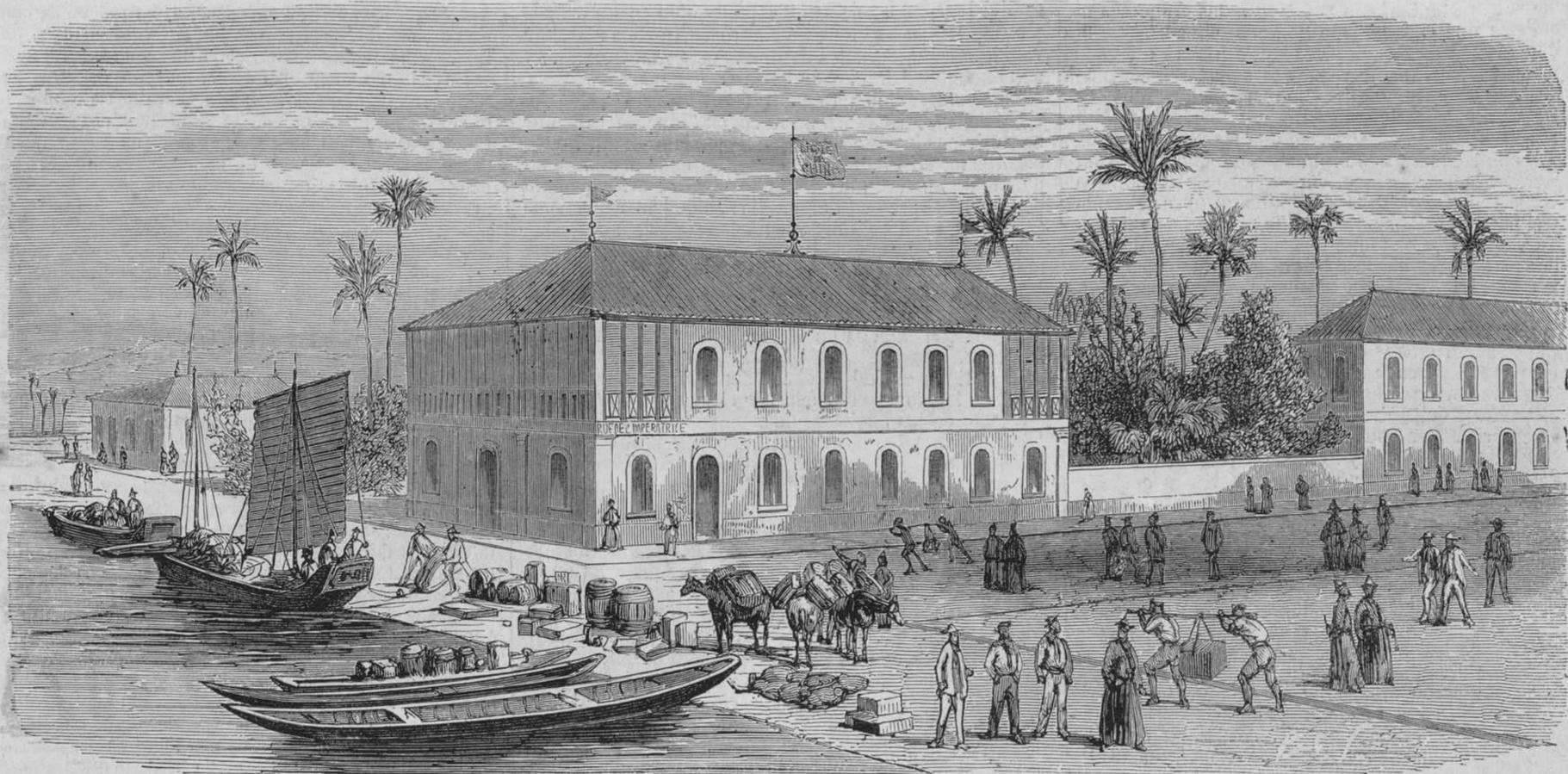
Cochinchina.

Los marinos y los oficiales del ejército de tierra que han permanecido en la Cochinchina bastante tiempo para formarse una idea exacta de este pais, concuerdan en decir que las tres provincias segregadas del imperio de Anam, y convertidas hoy en territorio francés, formaran un dia una hermosa y próspera colonia. La tierra es allí de una fertilidad excepcional, y el clima no es

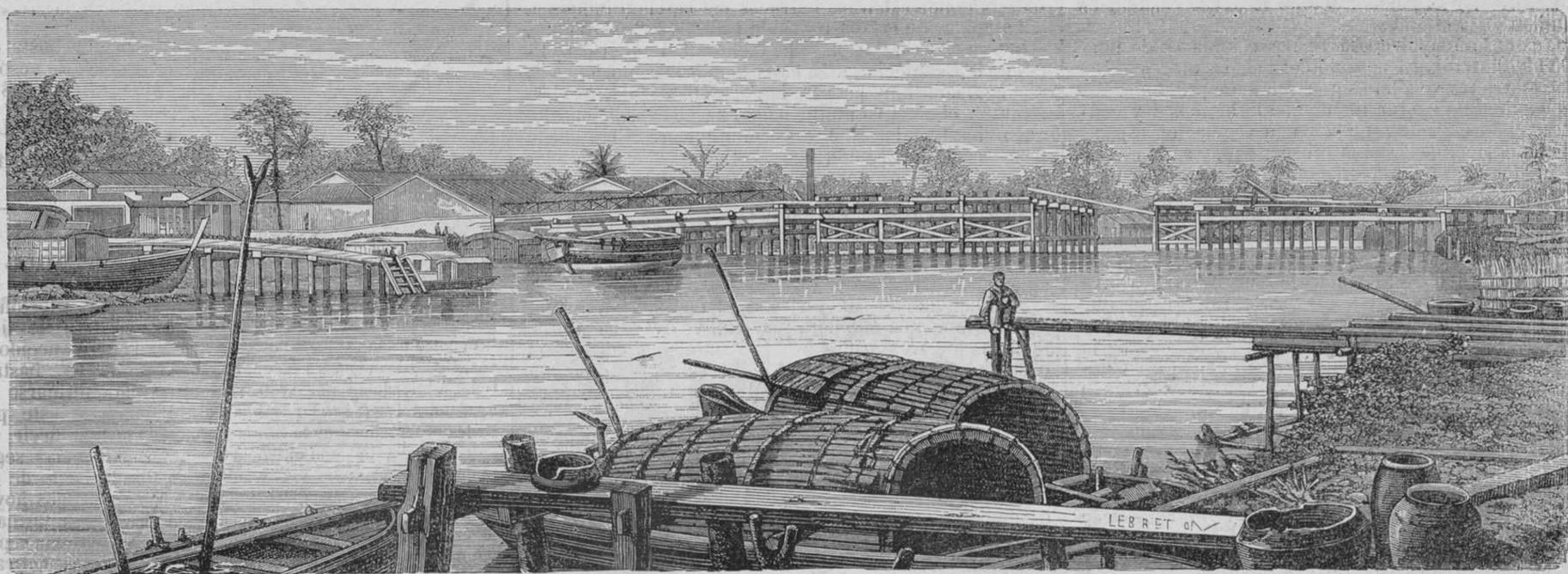


Fiesta de beneficencia organizada en Vernon (Francia) por los habitantes de la ciudad y los oficiales del 5º escuadron del tren.

2 Febrero 1896



Factoría establecida en Saigon por la casa de comercio de los señores A. Eymond y Delphin Henry de Burdeos.



Puente de madera en construccion sobre el arroyo chino de Cho-len cerca de Saigon.



Orilla derecha del rio de Saigon por el lado del parque de carbon.

malsano. Los habitantes no oponen á los franceses ni esa energía que el fanatismo ha dado á los árabes, ni ese odio al extranjero que prolonga la lucha y obliga al vencedor á repetir muchas veces la conquista. Los anamitas están acostumbrados á la obediencia desde hace siglos, y aun casi prefieren ya la dominación actual á la de sus mandarines. Es verdad que las últimas victorias del almirante Bonard les han dejado una impresión duradera, y con toda sinceridad creen que el número no podría luchar contra la disciplina europea. Por último, el país no es bastante grande ni está bastante poblado para que sea de temer una insurrección. Algunos bandidos y algunos piratas, hé ahí los principales enemigos de los franceses. En cuanto al emperador de Annam, es poco probable que se aventure á emprender de nuevo una guerra, pues sabe que mas tendría que perder que ganar. Algunos detalles sobre este país tan poco conocido nos parecen ahora oportunos.

El imperio cochinchino se extiende del 8° 30' al 23° de latitud N., y del 101° al 107° de longitud E. (meridiano de París). Tiene pues 600 kilómetros de largo sobre 150 á 200 de ancho, y le llaman *Namviet* (imperio meridional), *Daiviet*, (grande imperio), y mas comunemente *Annam* (paz meridional).

La Baja Cochinchina se compone de seis provincias: tres de ellas en la orilla derecha del Gran Río (brazo anterior del Tien-Giang), y las otras tres en la orilla izquierda. Estas últimas se llaman Bienhoa, Giading y Mytho, y son las que el emperador de Annam ha cedido á la Francia por el tratado del 5 de junio de 1862.

En tiempo de los mandarines, cada una de estas provincias estaba dividida en *phus* (prefecturas), cada *phu* en *huyens* (subprefecturas), y cada *huyen* en *tongs* (cantones), división que ha quedado existente. Las tres provincias francesas contienen 995 pueblos. En el Sur hay cierto número de aldeas que tienen de 2,500 á 3,000 habitantes; pero la población disminuye á medida que se va penetrando en el Norte, y muchos lugares no pasan de 600 almas. El N. E. y el N. O. se hallan casi cubiertos de selvas, y su población total se puede calcular en un millón de habitantes.

La extensión total de la nueva colonia es de unos 18,000 kilómetros. El aspecto del país es magnífico, y la capa de tierra vegetal es generalmente profunda. Muchas corrientes de agua mantienen la humedad y contribuyen con el calor á activar una vegetación espléndida. La agricultura está en prosperidad, y sería mucho mas productiva si se mejorasen las vías de comunicación; pero los anamitas son unos intrépidos andarines, y sus carros con búfalos están á prueba de las zanjias. Además, los arroyos sirven de caminos, todos los transportes se hacen en barcas. Una red de arroyos cubre el país, y esta red está formada por los diferentes brazos del río Cambodge y por los canales intermedios que los reúnen. Algunos de estos canales están abiertos por la mano del hombre, y otros están regularizados. Sería difícil designar su nacimiento; solo se hallan bien determinados aquellos que entran en los ríos, sirviendo de punto de unión y cortando las grandes corrientes de agua; cada arroyo tiene dos embocaduras y dos corrientes.

La ciudad de Saigon, capital de la provincia de este nombre y de la colonia, está situada antes de las tierras á 100 kilómetros del cabo Santiago y á 20 kilómetros de Bienhoa. Nada mas animado que el río de Saigon; como todo el movimiento comercial se hace por agua, hay allí continuamente una flotilla de las mas numerosas. Los barcos anamitas tienen la forma de góndolas; el remo está fijo en un tablado de madera que sobresale un pié del borde. Los anamitas reman de pié dando la cara á proa. Los barcos de mar tienen tres velas hechas de paja de arroz. Los palos están muy inclinados hacia atras. En cuanto á las piraguas, se distinguen por sus preciosas esculturas de madera. Las hay que tienen 8 y 10 metros de largo sobre 1^m,20 ó 1^m,50 de ancho, y su construcción es bastante elegante. No sucede lo mismo con la lancha, que no es mas que la embarcación china con algunas modificaciones europeas; la lancha sirve de puesto flotante en los arroyos de la Cochinchina.

Las márgenes de los arroyos están cubiertas de palmeras enanas, mangos, jamboseros y azulafios. Sus sinuosidades forman pequeñas ensenadas donde se ocultan los piratas cuyas barcas armadas explotan las aldeas anamitas. Sobre la vigorosa vegetación de los arroyos se destacan las flores encarnadas ó blancas de las enredaderas, de los cactus, el aloe, etc., etc., que con la espesura en donde se hallan, constituyen malezas impracticables. Separándose un poco de los arroyos, se encuentran el jacua, el coco, el plátano, el árbol del aceite, con su tronco derecho y pelado, y la palmera areca, de cuya nuez se saca el betel.

Mas lejos se distinguen vastas alfombras de verdura que se extienden hasta perderse de vista: son los arrozales. El arroz es el trigo del extremo Oriente, y la Cochinchina podría llegar á ser el granero del Asia. Los arrozales pueden dar hasta tres cosechas por año. Hoy no dan mas que una, cuyo producto cubre abundantemente las necesidades del país.

El movimiento comercial se ha aumentado mucho desde que á consecuencia de la ocupación francesa el comercio europeo ha tomado una extensión tan importante en la Cochinchina, y principalmente en Saigon. Muchas casas francesas han establecido factorías, y hacen operaciones que ascienden á sumas importantes.

Los señores Eymond y Delphin Henry, negociantes armadores en Burdeos, han fundado en 1834 una línea de vapores que se dirigen de Burdeos á los puertos de Bangkok, Singapore, Saigon y diferentes puertos de la

China. Las salidas de estos vapores, que en un principio solo tenían lugar tres ó cuatro veces cada año, han venido á ser mensuales desde la ocupación francesa, y actualmente se despachan hasta 60 buques.

La casa Eymond y Delphin Henry ha establecido varias factorías francesas en la Indo-China. En este número damos la vista de la que tienen en Saigon, y cuyo arquitecto, M. Chatain, á quien se debe también un puente de madera muy notable sobre el arroyo chino de Cho-len, cerca de Saigon, ha sabido hacer una construcción elegante y muy adecuada á su destino.

En tiempo de la dominación annamita, Saigon contaba, segun dicen, cien mil habitantes. Entonces formaba una sola ciudad con Cho-len, que está á cinco kilómetros al S. O.; pero hoy las dos poblaciones están separadas, si bien es de creer que volverán á reunirse en breve.

La antigua ciudad estaba defendida por una ciudadela con bastiones edificada por el coronel Victor Ollivier, uno de los oficiales que acompañaron al obispo de Adran á mediados del siglo último. En esta ciudadela se encerraban el palacio de la corte, las dependencias del gobierno y grandes almacenes de arroz, habiendo á corta distancia astilleros de construcción, depósitos, un palacio para el obispo, una casa de moneda y una fabrica de ladrillos. En 1835 el rey Meng-Mong mandó destruir la ciudadela y levantó otra mas pequeña en el ángulo N. E. de la antigua. Esta última es la que ha hecho saltar en 1859 el almirante Rigault de Genouilly. Los almacenes de arroz que fueron incendiados al mismo tiempo, humeaban aun año y medio despues.

Cerca de estas ruinas se han edificado las nuevas obras principiadas por el señor Jaureguiberry y continuadas por el señor comandante Aries. Su recinto comprende la primera habitación del gobernador, los hospitales, una capilla católica inaugurada el 15 de agosto de 1860, y la imprenta imperial, de donde han salido ya obras muy útiles, entre otras una traducción del código penal annamita. Cerca de la ciudadela hay una vasta meseta donde están las barracas del batallón indigena.

La población estaba reducida en 1859 á 2,000 almas, y hoy se eleva á 8,000. Se ha dicho mucho mal del clima de la Cochinchina. El cansancio y las emociones de una campaña muy penosa, las necesidades del servicio militar y el efectivo limitado del cuerpo expedicionario, que obligaba á los hombres á multiplicarse, han hecho mas frecuentes las enfermedades; pero exceptuando los meses de febrero y marzo, en lo demás del año el calor es soportable. Si el termómetro suele elevarse á treinta y cuatro grados centígrados, las corrientes regulares del monzon renuevan el aire y refrescan la temperatura. El clima de la provincia de Bienhoa es tan sano como el de Francia.

La Cochinchina suministraba ya en 1860 un millón de kilogramos de algodón, y el cultivo del tabaco produce los mejores resultados. Los indigenas cultivan el cacahuete, la caña dulce, el añil, el maiz, la pimienta negra y la pimienta betel, uno de los grandes consumos del país.

Los campos de betel se parecen á las plantaciones de lúpulo de Inglaterra y de Bélgica. La hoja del betel es mas grande y de un verde mas oscuro. El tallo sarmentoso sube enredándose por altas estacas. La planta no es anual como el lúpulo, y no da una buena cosecha sino el tercer año; esta cosecha es la hoja, que mezclan con cal y con nuez de areca. Los indigenas mastican continuamente el betel, y su boca parece estar siempre ensangrentada; pero dicen que es un estimulante muy enérgico, y quizá tienen razón.

El areca (cay-cau) es un árbol de diez metros de alto, y da fruto durante veinte y cinco años. Su madera filamentososa no se utiliza sino en las construcciones comunes, mas en cambio la nuez produce mucho. El areca da 7 kilogramos anuales por término medio. Los 100 kilos valen 1 franco.

La arquitectura annamita no está muy adelantada; los nueve décimos de las casas son de madera. Los indigenas ejecutan con mucha habilidad todas las obras de carpintería, y serian buenos ebanistas; en Saigon hay galerías de madera esculpida que parecen encaje; también saben trabajar el nácar y hacen hermosas incrustaciones.

Su arquitectura es muy sencilla: las cabañas de los aldeanos se componen de dos cuerpos distintos, de los cuales el primero sirve para las reuniones de día y para las comidas, y el segundo está reservado á la familia.

Hasta ahora los annamitas no han encontrado el medio de abrigar las dos partes de la casa bajo una misma techumbre; cada parte tiene la suya, y el declive se halla dispuesto de tal modo que la caída de las aguas de lluvia se dirige hacia el centro de la habitación. Remedian este inconveniente estableciendo goteras interiores y canales cuya pendiente no saben arreglar, de lo que resulta que durante las lluvias del invierno el suelo de la choza se convierte en una charca.

Las paredes son de ladrillos, y los tejados, muy altos, llegan hasta muy cerca del suelo. Es preciso bajarse para entrar ó salir. Estos tejados están sostenidos por columnas de madera. A cierta altura ponen esteras, como una especie de *velarium*, para resguardar el interior de la casa de los rayos del sol. Desde la conquista francesa comienzan á edificar casas con un piso.

El mueblaje es muy sencillo: compónese de tablados que sirven de camas, de sillas, mesas, etc. Estos tablados de madera muy dura perfectamente trabajada, cuestan caros, hasta 70 ligaduras (70 francos), precio exorbitante si se reflexiona que muy altos funcionarios solo tienen 30 ligaduras de sueldo mensual.

La ligatura se compone de cierto número de placas de zinc agujereadas por en medio y ensartadas en un hilo. Como hemos dicho, cada una vale un franco.

Hay sin embargo un mueble mas importante que el tablado, y es el feretro. Cada annamita tiene el suyo, y le coloca en el sitio mas á la vista de la casa. Esta costumbre es evidentemente de importación china. El feretro annamita presenta la misma forma que los europeos, pero es mas pesado y mas macizo. Para los pobres, este mueble esencial es de madera de árbol de sebo, y cuesta 5 ligaduras, precio fijo; y para los ricos, los hacen de madera de teck, de ébano ó de sándalo.

Armarios montados sobre ruedas, mesas muy altas, algunos cuadros que representan escenas religiosas y un altar dedicado á Budda ó á Jesucristo, segun la religión de la familia, completan el mueblaje de una choza annamita.

No todos los indigenas viven en las casas; al contrario, muchos de ellos habitan en las embarcaciones, y pasan sobre el agua la mayor parte de su existencia. La pesca es abundante, y despues del arroz, es el alimento que mas se consume en la Cochinchina. Por consiguiente se hace de ella una industria fácil y lucrativa á la vez. Algunos transportes emprendidos por cuenta de los labradores ó de los mercaderes, vienen á contribuir también á dar desahogo á la familia ó á las familias, pues los annamitas que no son bastante ricos se asocian para comprar una barca grande ó para alquilarla á los constructores. Estas barcas son casas que tienen muchos inquilinos; por ellas se hace casi todo el comercio interior.

Esta vida acuática es beneficiosa para la moral pública. El annamita vive en su barca solo con su mujer, y preciso es que los esposos se entiendan, pues les sería imposible crearse relaciones. También es difícil hacer conocimientos de vecindad entre los que habitan la tierra firme. Las cabañas aisladas están defendidas por empalizadas de tres metros ó por cercados de cactus espinosos absolutamente impenetrables.

A. L.

Revista de Paris.

El domingo último mientras el mundo elegante de Paris ostentaba en el bosque de Boulogne y en los Campos Elíseos sus galas de primavera en magníficos carruajes, los curiosos que habian invadido por tercera vez la explanada de los Inválidos para presenciar la ascension aereostática de M. Godard, se llevaban un nuevo chasco. La decepcion no se sufrió con calma, sino que dió lugar á desórdenes prontamente reprimidos por la guardia de Paris, pero que no por eso son menos deplorables. A eso de las cuatro de la tarde, estando hechos ya todos los preparativos, Godard comenzó á hinchar su inmenso globo con aire dilatado, fabricado en una vasta caldera colocada en la boca del aparato. Así se fué redondeando casi hasta la mitad, y tomaba ya las proporciones de la media-naranja de los Inválidos; pero en tal estado, hé aquí el fenómeno que ocurrió, y del que no pudo darse cuenta la muchedumbre: hallándose inmersa la inmensa superficie del globo inflado en una rápida corriente de aire frío, vino á formarse un refrigerante colosal, contra el que no pudo luchar la caldera ú horno donde se fabricaba el aire dilatado, y de aquí la imposibilidad de acabar de llenar el enorme globo, á pesar de los esfuerzos continuos que se hicieron hasta las seis y media.

Cuando la multitud relegada fuera de la explanada de los Inválidos vió que habia fracasado la ascension, hizo pedazos el cerco de palos y de lienzos que la ocultaban la vista del espacio reservado para el globo, y cien mil individuos se precipitaron en este lugar rompiendo, arrancando y destruyéndolo todo; sin la resistencia que opusieron unos cuantos agentes municipales ayudados por la guardia de Paris, es seguro que también el globo se habria reducido á añicos.

¡Triste espectáculo que nos demuestra la verdad del refrán: En todas partes cuecen habas! Es decir, que tamaños desórdenes no están exclusivamente reservados para las plazas de toros.

La muchedumbre arrojada de la explanada de los Inválidos acudió en tan crecida cantidad al muelle de Orsay, que no se veía mas que una oleada de cabezas humanas ondulando hacia el puente de la Concordia. De esta aglomeración gigantesca se desprendieron por fin algunos grupos de jóvenes, que marcharon á casa de Nadar, el atrevido aeronauta que pagó tan cara su fidelidad á los compromisos que contrajo con el público, y durante algunos minutos se divirtieron en victorearle.

En esto una gran parte del gentío que procedente de la explanada de los Inválidos se difundía por las calles de Paris, se dirigió á casa de los hermanos Godard, y otra vez se necesitó la intervención de la fuerza pública para contener los desmanes de aquel populacho irritado porque el famoso globo no se habia elevado en los aires.

Sin embargo, M. Godard no está desanimado con este resultado negativo, y piensa que un domingo ú otro realizará su ascension, que aparte de la curiosidad que ha excitado en el pueblo de Paris, interesa vivamente á los hombres de ciencia.

El martes pasado este mismo pueblo de Paris tan aficionado á las fiestas al aire libre, tuvo también uno de esos espectáculos que siempre le agradan. Era una revista pasada por el emperador á los seis regimientos de la division de caballería del primer cuerpo de ejército, mandado por el general d'Allonville. El emperador llegó á las dos en punto á caballo, al frente de las tropas que ejecutaron diferentes movimientos, despues de lo cual S. M. distribuyó algunas recompensas y tuvo lugar el desfile. Nuestros lectores hallarán en la página 269 un dibujo donde consignamos esta actualidad de la semana parisiense.

Concluida la época de los bailes, hé aquí un aficionado á la estadística, el conde de Boursonne, que en un curioso estudio sobre el origen de la danza y sobre la pasión que desde tiempos muy remotos ha inspirado á la humanidad este placer mundano, se entretiene en agrupar diversos cálculos á cual mas interesantes.

Desde el día de Reyes hasta el mártir de carnaval, esto es, en lo fuerte de la temporada, se dan en París por término medio 130 bailes cada noche, sin contar los de máscaras ni los bailes públicos, y cada uno de ellos representa una masa de 250 convidados ó sean 32,500 personas, de las cuales una tercera parte son parientes, otra gentes formales ó que aparentan serlo, y otra que se compone de bailarinas y bailarines.

Por esta cuenta tenemos cada noche de las ocho á las diez, unas mil quinientas ó mil seiscientas señoras ocupadas en vestirse y en mirarse al espejo, y otros tantos caballeros plantándose el frac negro y la corbata blanca; luego, en la última hora viene la operación general de ponerse los guantes, operación que ejecutan á un tiempo sesenta y cinco mil manos.

Para llevar estas 32,500 personas al baile, se necesitan como mil doscientos ó mil quinientos carruajes que surcan las calles de París de las nueve á las once.

Entremos ahora en lo mas curioso de la estadística, á saber, el dinero que ponen en movimiento estas fiestas. Muy pocas personas pueden tener idea de los caudales que se gastan.

Este año, verbigracia, la temporada de los bailes ha sido corta, pues habiendo caído el mártir de carnaval el 9 de febrero, no ha durado mas de treinta y seis días; de la Epifanía al miércoles de Ceniza.

De todos modos, á 130 bailes por noche, llegamos á un total de 4,680 bailes en la temporada. Ahora bien, calculando por término medio el gasto de cada uno para la persona que convidada en 900 francos, tenemos ya un primer renglon de 4.212,000 francos. Este capitulo habla solo con los amos de casa.

Sin embargo, comparativamente con la suma que desembolsan los convidados, la de los que convidan es casi insignificante.

Principiemos por el coche: poniendo 25,000 carreras no mas, ida y vuelta, á 3 francos, resultan 75,000 francos por noche, ó sean en la temporada 2.700,000 francos.

Guantes: suponiendo un par solamente cada noche para 32,500 personas, hallamos en la temporada todo un capital consumido en guantes: 4.680,000 francos.

Pero ahora llega la cuestión magna, el vestido de baile.

Admitamos, para no caer en la exageración, que cada señora lleva cuatro veces el mismo vestido; y admitamos, lo que es menos razonable aun, que cada uno de estos vestidos no cuesta mas de 200 francos.

Para las 16,250 convidadas que figuran en la estadística que vamos extractando, el invierno de 1864 nos da sobre 146,250 vestidos de baile, ó sean 29.250,000 francos.

A estos primeros gastos de absoluta necesidad hay que añadir ahora el tocado, que asciende á 50,000 francos cada noche, y luego el calzado, que usándose por término medio 8,000 pares de zapatos cada noche, representa una cantidad de 64,000 fr., ó sean 2.304,000 francos en la temporada.

Además, si contamos ahora los ramos de flores, cuyo precio equivale al del tocado, y si para los gastos de lencería y esos adornos que completan el prendido ponemos 30 francos, esto es, 487,500, ó 17.550,000 en la temporada, nos encontramos con que el presupuesto de los gastos ocasionados en París por los bailes en el año de gracia de 1864, del 6 de enero al 9 de febrero, arroja una cifra de 60.084,000 francos.

Finalmente, añadiendo á este guarismo los 4.212,000 francos consumidos por los amos de casa, y el valor de los trajes de caballero que puede sumar unos cinco millones, tendremos un total general de 69.296,000 francos por treinta y seis noches de baile, ó sea cada noche cerca de dos millones.

Y á esto, repetiremos que no se incluyen aquí los bailes de máscara, ni las soirées ordinarias, los conciertos, los bailes de niños, ni los de boda, ni los bailes por suscripción, ni los bailes públicos; sino que se trata únicamente de los bailes de la corte, fiestas oficiales, de vanidad, de artistas, bailes forzosos, etc., es decir, se trata de las diversiones del gran mundo parisiense.

¡Dos millones gastados cada noche por la sociedad elegante de París, dos millones consagrados á los placeres! No se necesita hacer comentarios; la cifra es por sí bastante elocuente.

Un escultor de talento, M. Adam Salomon, tiene expuesta actualmente en su estudio de la calle de la Rochefoucauld, una estatua fúnebre de la señora de Lamartine, que ha querido ofrecer á su ilustre esposo como un piadoso homenaje de admiración y de respeto por la que durante muchos años ha comparado con él las glorias y los pesares de su vida. M. de Lamartine, en unas cuantas frases tan sentidas y elocuentes como todo lo que sale de su pluma, ha dado las gracias al escultor, añadiendo que «su santa esposa merecía por su entusiasmo por las artes esa memoria digna de los mas grandes artistas;» y un buen juez en la materia, la condesa de Agout, conocida en la república de las letras con el nombre de Daniel Stern, ha consagrado un artículo á la obra de M. Salomon, del que tomamos los párrafos siguientes:

«Sobre la losa sepulcral descansa una figura de mujer dormida con el último sueño. Su rostro parece estar recogido mas bien que inanimado. Es verdad que uno de sus brazos extendido á su lado, su mano abierta y rígida, denotan ya la extinción de la vida; pero la otra mano que sostiene sobre su pecho un libro amado, el libro del eterno amor, conserva aun no sé qué emoción y como el acento patético del adiós supremo.

En la actitud de esa imagen, sobre esa frente, sobre esos labios, en todo ese cuerpo inmóvil evocado del seno de la piedra por un cincel creador, se revela á medias el misterio de la muerte con una inefable dulzura. La tristeza de esa tumba es la tristeza misma del genio cristiano; la tristeza consolada y consoladora, llena de fe, de esperanza y de amor de todos aquellos que se sienten desterrados en la tierra, viajeros en el valle de las lágrimas, hijos alejados, pero por un tiempo y por una providencia misericordiosa, de la casa del «Padre que está en los cielos.» Esta tristeza fué la de la gran cristiana á la cual un

grande artista ha querido dar en este monumento la inmortalidad humana, y que llevaba hace poco entre nosotros con tanta sencillez todo el peso y el brillo del nombre de Lamartine.

Ahí está tal como la conocieron los innumerables amigos próximos ó lejanos que debió á su corazón profundamente bondadoso. M. Adam Salomon, á quien se debe esta bella estatua, comparable por la sinceridad de la inspiración á las obras excelentes de la edad media, ha demostrado una vez que con respecto á los artistas mas dignos de este nombre, sabe ser á la vez maestro y discípulo: maestro de la materia que somete á su antojo, discípulo fiel é inteligente de la naturaleza cuya voz secreta escucha siempre, sabiendo interpretar y traducir en signos sensibles el lenguaje divino...

Por medio de grandes líneas casi simétricas, por medio de un modelado sin afectación, de toques discretos, de efectos de claro-oscuro solicitados con reserva de la plena luz, el artista nos conmueve sin turbarnos; no trata de disimular las tristezas de la muerte, pero sí aparta el lúgubre espanto que la muerte infunde.»

La piedra sepulcral que ha inspirado las líneas que anteceden, es visitada hoy en casa del escultor con el doble respeto que inspira la persona á quien se dedica, y el artista que con tanta delicadeza ha ofrecido este hermoso recuerdo á su memoria.

Ahora vamos á hablar de una invención singular que quizá está llamada á un éxito prodigioso; para esto basta únicamente que se apodere de ella la moda.

Un fotógrafo, hombre práctico si los hay, aficionado á su arte cual ninguno, y que trata de multiplicar sus aplicaciones, ha tenido una idea y al punto la ha traducido en hechos. Hay tantos hombres á quienes les ocurren felices pensamientos y los guardan eternamente para sí, que nos parecen muy acreedores á una mención aquellos que una vez que los han concebido los plantean.

La cosa es muy sencilla. Hasta aquí no se conocía mas que el sello de correos legal que pasea por todo el mundo las facciones de los distintos soberanos; ahora bien, en lo sucesivo, aquel á quien se le antoje tendrá su sello propio con su efigie. No hay para qué añadir que este sello no será legal, que no será admitido en correos; pero no le hace, hartos empleos le quedan para que no venga á generalizarse como lo espera su inventor, que se las promete muy felices.

El retrato-sello no será mayor que el de correos; calzado sobre su forma, llevará goma por detrás, de modo que se podrá pegar lo mismo que el que le ha dado origen. Inmediatamente se comprende todo el partido que puede sacarse de él. Un particular cualquiera sella sus cartas con su imagen y envía de este modo su retrato á todos sus correspondientes. El que no quiera ser contemplado por todo el mundo, en vez de plantarle en el sobre, le aplica á guisa de membrete á la cabeza de la carta; y esto sin contar que se puede pegar igualmente en las tarjetas, en el fondo del sombrero, en la petaca, en los libros, en suma, sobre todos los objetos que juzgue conveniente el retratado. Será á la vez una marca de propiedad, un recuerdo para los amigos, una recomendación para con las señoras, si el interesado es hombre de pretensiones, etc., etc. Cuanto mas se reflexiona en la invención, mas original parece, y por lo tanto mas se confía en su éxito; venga pues el sello-retrato, á ver si se le podrá llamar la gran invención de la época.

La Francia se prepara á celebrar el trecenteno aniversario del nacimiento de Shakespeare. El 23 tendremos una fiesta con este motivo, fiesta digna del gran poeta que pertenece no solo á la Inglaterra, sino á la humanidad toda, y digna de París que tendrá á honor el rendir un brillante homenaje á uno de los antepasados mas ilustres del pensamiento moderno.

Para la organización de esta fiesta ha habido una reunión de escritores, autores y artistas dramáticos y de representantes de todas las profesiones liberales, en la cual fueron nombrados miembros del comité shakespeareano los señores Barye, Charles Bataille (del Conservatorio), Hector Berlioz, Alexandre Dumas, Jules Favre, George Sand, Théophile Gautier, François-Victor Hugo, Jules Janin, Legouvé, Littré, Michelet, Eugène Pelletan, Regnier (de la Comedia Francesa).

Secretarios: Señores Laurent Pichat, Leconte de Lisle, F. Mallefille, Paul de Saint-Victor, Thoré.

La presidencia ha sido dada á Victor Hugo.

Nada anticiparemos hoy sobre esta gran fiesta literaria, de la que pensamos ocuparnos con la detención que se merece á su debido tiempo.

MARIANO URRABIETA.

A un jilguero.

Pajarillo inocente
Que entre dorada cárcel
Al céfiro confías
Tus quejumbrosos ayes:

¿Quién te apartó inhumano
Del nido de tus padres,
Robándote la dicha
De respirar al aire

De la escarpada sierra
Y del profundo valle?
¿Cuánta tu dicha fuera
Si libre te encontrases,

Y con tu voz sonora,
Dando envidia á otras aves,
Subido allá en la copa
De los gigantes árboles,

Al alba saludaras
Con trinos sin iguales;
¡Y cuán bella tu vida
Miraras deslizarse

Jugando bullicioso
Mecido en el ramaje,
Mientras amable y bella
Volara á tí llamándote

La alegre compañera
A quien tu amor fiaste!
Mas ya que de esa dicha
Te miras tan distante,

Mil gracias al destino
Puedes cien veces darle,
Pues tierna carcelera
En mi Felisa hallaste.

¡Con qué afán la comida
Procura renovarte,
Y el agua fresca y limpia
Al bebedero añade!

Ni el polvo mas ligero
Sobre tu jaula cae,
Y hasta el mejor bocado
Contigo le reparte.

Tú, en cambio, agradecido,
Repites incesante
Tu amor, con los gorgeos
Que de tu pecho parten.

Canta, avecilla, canta,
Que al par de tus cantares
Toda la historia veo
De mi pasión amante.

Los armoniosos ecos
Que de tu pico salen
Ya los ayes remedan,
Ya el suspiro envidiable,

Ya las amargas quejas,
Ya el matador desaire,
Ya el no que nos disgusta,
Ya el sí que nos complace,

Ya la duda que entibia,
O ya el desden que abate.
Canta, jilguero, canta,
Que absorto al escucharte,

Mayores son mis dichas,
Menores mis pesares.
No olvides que á tu lado
Pasé largos instantes

Tus ayes recogiendo,
Mirando tu plumaje:
Y en premio del cariño
Que supe demostrarte,

Dile á tu carcelera
Con tu sin par lenguaje,
Que su desden me mata,
Que mi cariño es grandé.

CARLOS MESTRE Y MARZAL.

A una flor.

I.

Ayer del manso viento acariciada
Lucias de tus galas la hermosura,
Alzando tu corola perfumada
Sobre matas sin cuento de verdura.

Ayer la mariposa entre las flores
Con desden en ninguna se posaba,
Mas al ver tu belleza y tus colores
Sus blancas alas sobre tí plegaba.

Mas vino la tormenta bramadora
Y por siempre borró tu lozanía;
Galana flor al despuntar la aurora,
Polvo y no mas al declinar el día.

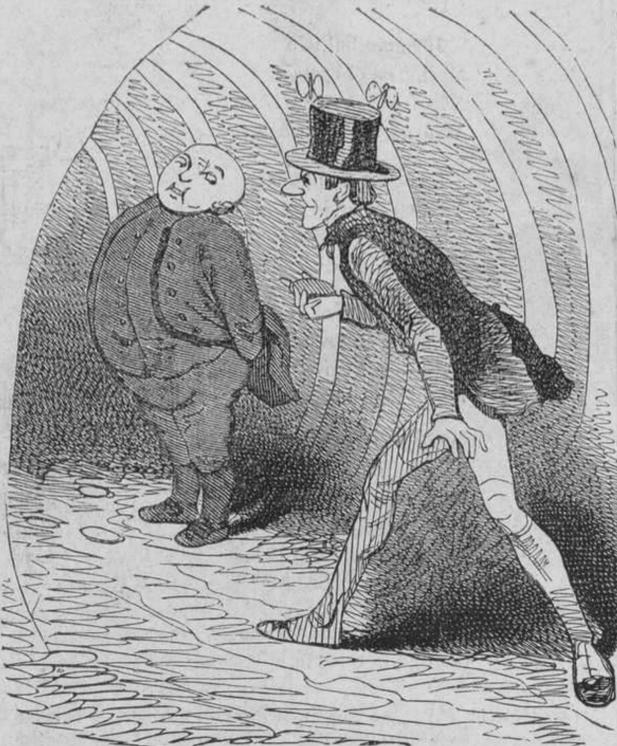
II.

¡Pobre flor! ¿quién puede haber
Que no lllore entre congojas,
Las ilusiones de ayer
Perdidas como tus hojas?...

ANTONIO DE SAN MARTIN.

VERIDICA HISTORIA DEL SEÑOR CRIPTOGAMO PAPANATAS.

CUARTA PARTE. — (Véase el número 587.)



Entre las comidas de la ballena, los dos amigos bajan á los islotes digestivos, donde juegan al tejo con conchas de ostras.



Pero cuando come la ballena, los dos amigos escapan á sus respectivos domicilios.



Entre tanto la corriente digestiva introduce un dia á un alcalde y su secretario, á un ministril y una italiana de extraordinaria belleza.



Gracias al refuerzo, la permanencia en la ballena es casi agradable; pues en tanto que el alcalde y su secretario cuentan sus aventuras al amigo de Criptógamo, este se enamora de la bella italiana, y el ministril toca el violon.



Llegada la noche, Criptógamo ofrece á la bella italiana el domicilio de su costilla falsa, y todo lo demás se convierte en suaves trasportes y larga embriaguez.



A la otra mañana, Criptógamo se pregunta si al fin y al cabo sus compromisos con Elvira tienen algun valor.



Y si además es probable que vuelva á verla en su vida.



O que la encuentre pura y respetada despues de haber estado con los argelinos.



Y decidiéndose, suplica al alcalde, que con arreglo á la ley francesa, le case con su amada.



Aquel mismo dia, á las doce menos cuarto, Criptógamo queda unido á su amada en presencia de todo el público de la ballena.



Y terminada la ceremonia, Criptógamo ajusta al ministril y da un gran baile á la bella italiana.



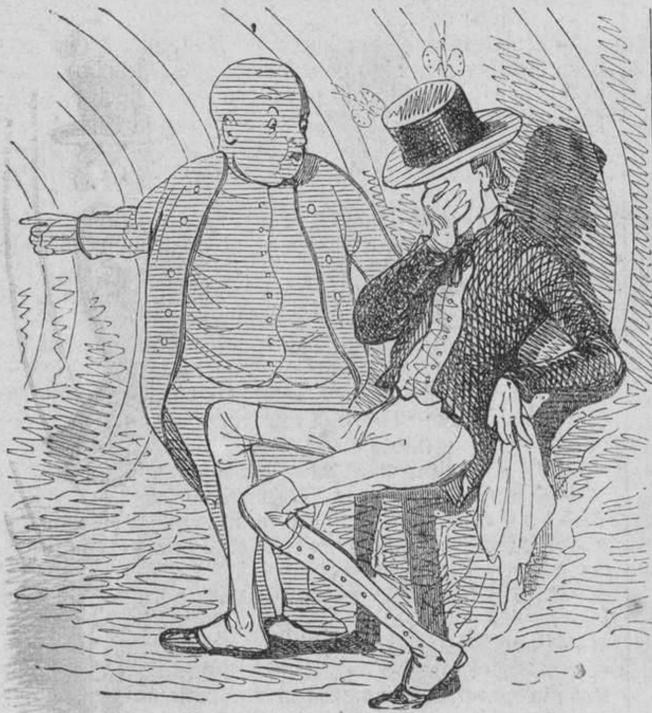
Por desgracia este baile produce un mareo á la ballena, y comienza á subir la corriente digestiva.



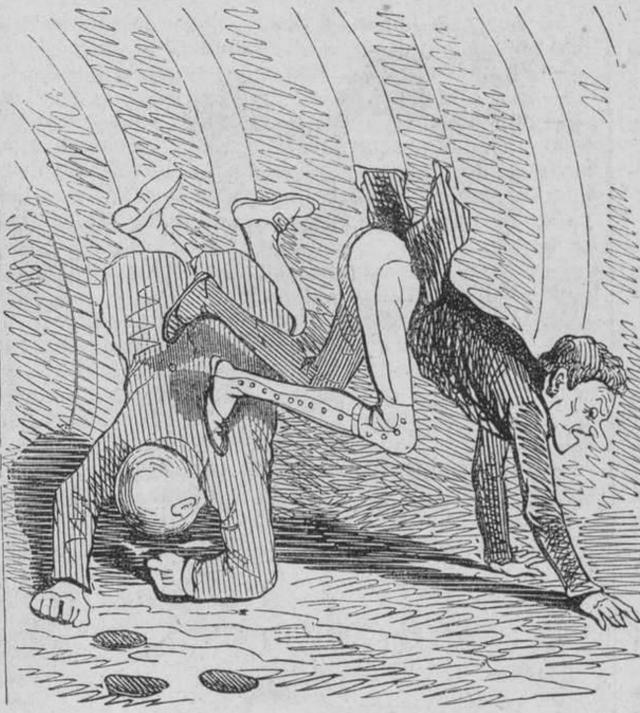
Y hé aquí que la ballena arroja las dos terceras partes de sus alimentos.



Felizmente el alcalde y su secretario, el ministril y la bella italiana son recogidos por una lancha que un bergantín noruego envia á su socorro.



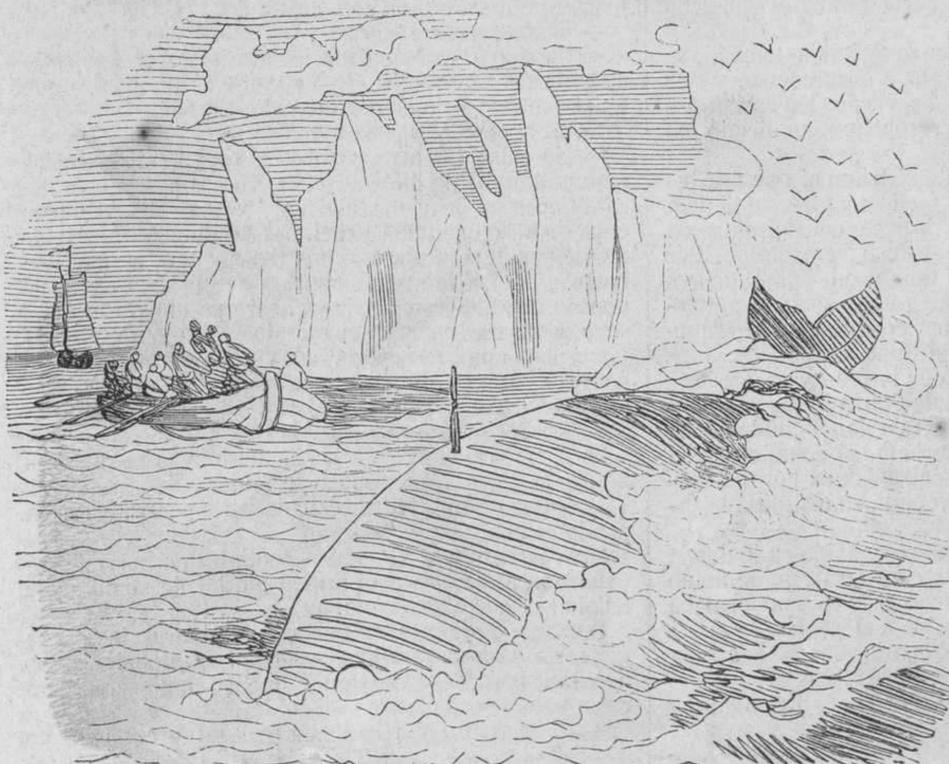
Criptógamo, que se ha quedado solo con su amigo, no puede consolarse de no haber sido comprendido en la indigestion de la ballena; y por esto su amigo le convida á jugar al tejo.



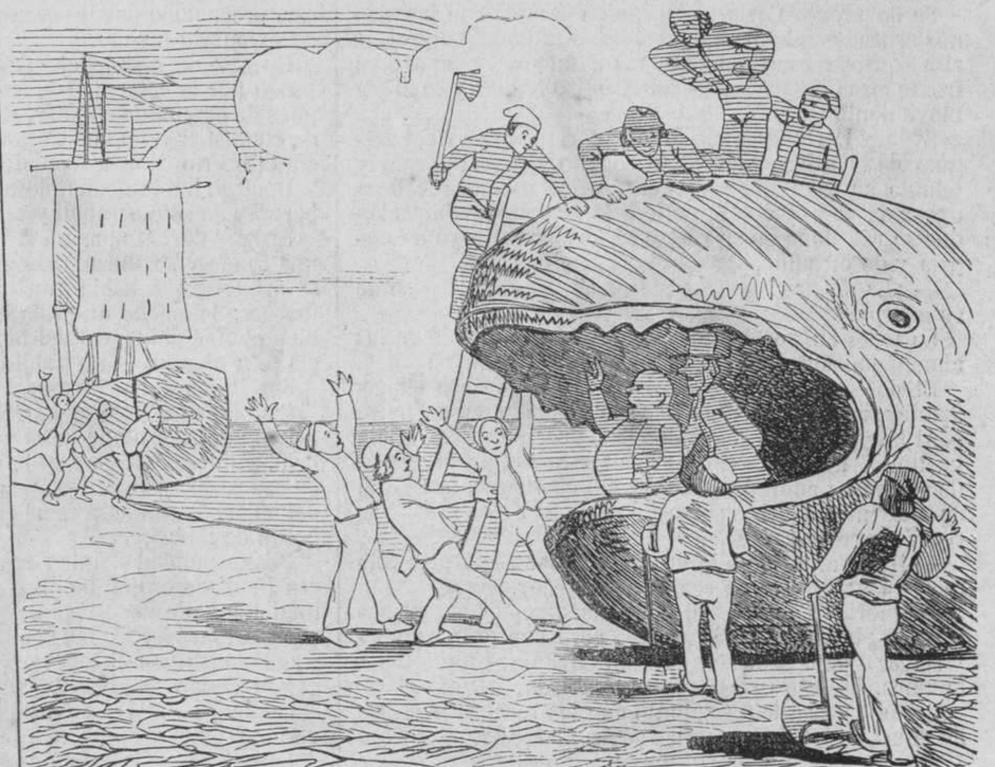
Mientras juegan al tejo los dos amigos, la ballena da una sacudida que les hace estremecer.



Con asombro observan que el techo chorrea sangre.



Y entre tanto por fuera tiran y tiran los balleneros.



Y apresada la ballena, se quedan atónitos viendo que asoman por su boca dos caballeros muy bien vestidos.

(Se continuará.)

Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

CAPITULO XI.

ULTIMA ESPERANZA.

Lucía inclinó su cabeza al oír la sentencia como herida de un golpe mortal, pero no profirió la menor queja, y la voz interior que le decía que sostuviera á su esposo en aquella última prueba tuvo tanta fuerza, que alzó inmediatamente la cabeza para consolarle con la mirada.

Los individuos del tribunal, que debían tomar parte en una demostración patriótica, aplazaron para el día siguiente las causas que quedaban pendientes de fallo y la multitud salió con estrepitosa gritería.

Lucía, cuando se quedó sola delante del balcón de los acusados, tendió los brazos á su esposo y alzó hacia él sus ojos llenos de amor.

— ¡Si pudiera abrazarle por vez postrera! exclamó. ¡Tened piedad de nosotros, buenos ciudadanos!

Solo quedaban en la sala el carcelero, John Barsad y los cuatro hombres que el día anterior habían ido a prender á Carlos Darnay.

— Concedámosle lo que desea, dijo el espía; será cosa de un momento.

Los demás hicieron un ademán afirmativo, ayudaron á la jóven á saltar sobre los bancos del pretorio, y la condujeron á un sitio donde el reo pudo estrecharla en sus brazos.

— ¡Adios, amor mio, adios! Mi último pensamiento será para ti, mi último suspiro para bendecirte. No te inquietes, nos volveremos á ver donde reciben consuelo los desgraciados.

— Tengo fuerza para sobrellevarlo todo, Carlos; Dios me sostiene. Tengo valor; no sufras por mí, no te entristezcas. Tu bendición para nuestra hija.

— Bendicela de mi parte; le darás un beso por su padre y le dirás adios por mí.

— ¡Carlos!... ¡Oh! no... aun no!

Carlos se desprendió de sus brazos.

— No estaremos mucho tiempo separados; conozco que mi corazón se despedazará y que pronto me reuniré contigo; pero cumpliré con mi deber hasta el fin, y cuando haya de separarme de nuestra hija, Dios le dará amigos, como me los ha dado á mí.

Su padre, que la había seguido, iba á arrodillarse delante de ellos, pero Darnay tendió la mano exclamando:

— ¡No... no! ¿Qué habeis hecho de que debais acusaros? Ahora sabemos la lucha que habeis sostenido, conocemos lo que sufriríais cuando descubristeis el nombre de mi familia, y comprendemos la antipatía instintiva que sentíais en un principio y que vencisteis por ella. Os damos las gracias de todo corazón y os amamos cual nunca. ¡El cielo os guarde y proteja!

En vez de contestar, el antiguo preso de la Bastilla se llevó las manos á sus canas y se las mesó lanzando un grito de dolor.

— Debía de suceder: ¿porqué hemos de asombrarnos? repuso Darnay. Todo ha contribuido á este triste resultado. Los vanos esfuerzos para cumplir el postrer deseo de mi madre me condujeron hacia vos; pero el bien no podía salir del mal, y semejantes premisas no podían dar conclusion mas feliz. Consolaos y perdonadme por lo que habeis padecido.

Se llevaron á Carlos, y su mujer le miró con las manos cruzadas mientras se alejaba dirigiéndole una sonora consoladora. Cuando le vió desaparecer, apoyó su frente en el pecho de su padre, quiso hablar y cayó sin movimiento.

Sydney Cartone corrió á levantarla saliendo del ángulo de la sala donde estaba oculto. Se estremeció y tembló su mano al sostener aquella hermosa cabeza agostada por el dolor; pero á la profunda compasión que se retrataba en su rostro se mezcló un rayo de alegría y de orgullo.

— ¿La llevaré? pensó; nunca he sentido el peso de su cuerpo.

La tomó en sus brazos y la dejó con cuidado en los almohadones del coche.

El doctor y M. Lorry se colocaron junto á ella, y Sydney subió al pescante y se sentó al lado del cochero.

Al llegar á la puerta, á donde la noche anterior había vuelto en medio de la oscuridad para seguir la huella de sus pasos adorados, la sacó del carruaje y la llevó á su aposento, donde su hija y la señora Pross la cubrieron de lágrimas y caricias.

— Dejadla, dijo, no la despertéis de su letargo; está mejor así sin sentir la realidad del dolor.

— Querido Cartone, dijo la niña arrojándose en sus brazos, ¿has venido de Londres para consolar á mamá y salvar á papá? Mirala, querido Cartone; tú que tanto la amas, impedirás que sea desgraciada.

Cartone alzó á la niña, juntó con las rosadas mejillas de aquel ángel hermoso las suyas marchitas, y miró á Lucía que continuaba sin movimiento.

Antes de salir se paró y dijo:

— Bien puedo abrazarla.

Se acuerdan de haberle oído murmurar algunas palabras cuando se inclinó para abrazarla y besarla en la frente, y la niña les dijo entonces, así como en su vejez

lo contó á los hijos de su hija, que le había oído proférer estas palabras:

— Por una existencia que os es tan querida.

Al salir del aposento se encontró de pronto con M. Lorry, y dijo al doctor que seguía á su amigo:

— Vuestra influencia fué ayer poderosa, ensayadla hoy también. Os aprecian los jueces, y todas las personas de importancia agradecen vuestros servicios.

— Las circunstancias no son ya las mismas; ayer sabía lo que iba á suceder, y tenía la certeza de salvarle, respondió M. Manette con lentitud y con una expresión que revelaba su temor.

— No cejéis por eso; de aquí á mañana queda poco tiempo, pero esto es un motivo mas para emplearlo bien.

— Esa es mi intención; no cejaré hasta hacer todo lo que pueda.

— Muy bien, la energía puede llevar á cima grandes empresas. Bien es verdad sin embargo... añadió exhalando un suspiro, pero no importa, es preciso probarlo. Por poco valor que tenga esta vida cuando se ha hecho de ella mal uso, vale no obstante la pena de defenderla, porque cuesta abandonarla.

— Voy á salir, dijo M. Manette; veré al presidente, á los jueces, al fiscal; veré á otros, escribiré... Pero hoy hay fiesta nacional, y todo el mundo estará fuera de casa y no hallaré á nadie hasta la tarde.

— No os desesperéis; el caso es tan grave que ese contratiempo no os quita muchas probabilidades. Vendré no obstante á saber el resultado de vuestras visitas. ¿A qué hora creéis haber visto á todos vuestros amigos?

— Una hora ó dos después de anochecido.

— Se hace de noche á las cuatro; de modo que si voy á casa del señor Lorry entre ocho y nueve, sabré lo que habeis conseguido, ya por vos mismo, ya por conducto de vuestro amigo.

— Es probable.

— ¡Ojalá logreis un feliz éxito!

M. Lorry acompañó á Sydney hasta la puerta, y le dijo poniéndole la mano en el hombro:

— Ya no tengo esperanza.

— Ni yo tampoco.

— Suponiendo que los magistrados y los jefes de la municipalidad le sean favorables, lo cual es una suposición gratuita, porque ¿qué es para ellos la vida de un hombre? no creo que tengan valor para salvarle después de los aplausos con que la multitud ha saludado la sentencia.

— Soy de la misma opinión; he creído oír la caída de la cuchilla en sus aclamaciones.

M. Lorry se apoyó en la aldaba de la puerta.

— No os dejéis abatir, dijo Cartone con dulzura; he animado á M. Manette á dar esos pasos, porque esto será un consuelo para su hija. Si se declarase vencido, Lucía diría que no se ha hecho ningún esfuerzo para salvarle, y esta convicción turbaría tal vez su reposo.

— Es verdad, respondió el anciano enjugándose los ojos, pero morirá; no me queda ninguna esperanza.

— Ninguna, dijo maquinalmente Cartone.

Y bajó la escalera con paso firme.

CAPITULO XII.

TINEBLAS.

Quando Cartone llegó á la calle se paró sin saber á dónde debía ir.

— He de volver á las nueve á la casa de M. Lorry, dijo con aire pensativo. ¿No sería prudente presentarme en tanto á sus enemigos para que me conozcan? Sí, esta precaución puede ser necesaria. Sin embargo, debo reflexionarlo mucho.

En vez de seguir el camino que había tomado, se paseó por la calle que empezaba á oscurecerse, y después de examinar su proyecto bajo todos los aspectos y de confirmarse en su primera resolución, se dirigió hacia el barrio de San Antonio.

Defarge había declarado ante el tribunal que era tabernero de este arrabal, y era fácil encontrar su tienda.

Sydney Cartone pasó á la otra parte del río, entró en una fonda y se durmió después de haber comido. Por la primera vez hacia mucho tiempo no bebió licores fuertes; la noche anterior había derramado el aguardiente en la chimenea del banquero como quien renuncia para siempre á un hábito antiguo.

Serían las siete cuando salió de la fonda.

Quando se acercó al barrio de San Antonio, se paró delante de la ventana de una tienda donde había un espejo, se arregló el lazo de la corbata, se dobló el cuello de la casaca y se arregló los cabellos que llevaba despeinados. Terminada esta operación, se dirigió á la taberna de Defarge.

Por casualidad el único extraño que había en la tienda era Juan tercero, el hombre de cara de tigre, de mano inquieta y de voz ronca que por la mañana formaba parte del jurado. Estaba bebiendo en el mostrador mientras hablaba con el tabernero, con la señora Defarge y con la Venganza que parecía ser de la familia.

Cartone se acercó colocándose de modo que pudieran verle, y pidió vino en mal francés.

La tabernera le dirigió al principio una mirada indiferente, pero después le miró con mas atención, y por último se acercó á él para preguntarle lo que pedía.

Cartone repitió la petición.

— ¿Sois inglés? preguntó la tabernera fijando en el su mirada.

Sydney la miró como si le costara trabajo entenderla, y respondió con un acento muy pronunciado:

— Sí, señora, sí, yo inglés.

Después tomó un periódico jacobino, y mientras fingía que estaba absorto en su lectura como si fuese para él muy difícil, oyó que la señora Defarge, después de volver á su sitio, decía á sus amigos:

— Juraría que es Evremont.

El tabernero fué á servirle y le dió las buenas noches.

— ¿Cómo? dijo Cartone.

— Os doy las buenas noches.

— ¡Oh! buenas noches, muy buen vino. Bebo á la República.

— En efecto, dijo el tabernero cuando volvió á donde estaba el grupo, se le parece algo.

— Se le parece tanto que los confundiría, repuso su mujer con tono suspicaz.

— Le tienes de tal modo en la cabeza que le ves en todas partes, ciudadana, dijo Juan tercero como deseando una conciliación.

— Es cierto, añadió la Venganza, sin hablar del placer que tendrá mañana viéndole por última vez.

Cartone, con la cabeza inclinada sobre el periódico, seguía las líneas con el dedo índice y con rostro atento.

Los cuatro amigos continuaban hablando en voz baja con los brazos cruzados sobre el mostrador, y después de un momento de silencio durante el cual miraron al inglés sin distraerle de su lectura, siguieron la interrumpida conversación.

— La ciudadana tiene razón, dijo Juan tercero; ¿porqué hemos de contentarnos con él? El caso no tiene réplica.

— No lo niego, dijo Defarge, pero será preciso contentarnos algún día. La dificultad estriba en saber cuándo.

— Después del exterminio completo, respondió su mujer.

— ¡Muy bien dicho! exclamó el jurado.

— ¡Bravo! dijo la Venganza.

— El exterminio será bueno en principio, mujer, repuso el tabernero algo conmovido, y lo apruebo en general, pero ¡ha padecido tanto ese pobre doctor! ¿Reparasteis qué pálido estaba cuando leían el papel?

— Sí, respondió la ciudadana con desprecio é ira, sí, le miré á la cara y os digo que no es la de un patriota. ¡Que tenga cuidado con su cara pálida!

— ¿Has visto el dolor de su hija? repuso Defarge con voz suplicante. Debía ser para el doctor un horrible tormento.

— Sí, he visto á su hija, dijo la ciudadana, y mas de una vez; la he visto con frecuencia en el callejón que hay detrás de la cárcel. Que yo levante tan solo un dedo...

Cartone oyó el ruido seco que produjo la mano de la tabernera al caer sobre el mostrador como si fuera el cuchillo de la guillotina.

— ¡Qué sublime está! exclamó el jurado.

— Es un ángel, dijo la Venganza abrazándola.

— Veo, continuó la tabernera mirando á su marido, que si en tu mano estuviera, lo cual por fortuna no es así, salvarías hasta al yerno.

— ¡No! gritó Defarge protestando; pero no iría mas lejos.

— Hace mucho tiempo, dijo la tabernera con furor concentrado, que he inscrito el nombre de esa familia maldita como condenada á una completa destrucción, y no tan solo por sus crímenes de tiranía general. Juan y tú, Venganza, preguntádselo á mi marido.

Defarge hizo un ademán afirmativo.

— En el principio de los grandes días, cuando sucumbió la Bastilla, encontré ese papel, lo traje á casa, y cuando nos quedamos solos y cerramos la puerta, lo leímos juntos aquí, en este mostrador. ¿Es cierto?

— Sí, respondió Defarge.

— Cuando terminamos la lectura, la luz acababa de apagarse, se hacia ya de día y dije á mi marido que tenía que revelar un secreto. ¿Es cierto?

— Sí, respondió el tabernero.

— Me puse las manos sobre el pecho como me las pongo ahora, y le dije: «Defarge, unos pescadores me recogieron en la orilla del mar, y esos desgraciados cuya historia cuenta el papel, esa familia tan horriblemente perseguida por esos dos Evremont es la mía. Esa hermana del jóven que ellos asesinaron era la mía, el marido que hicieron morir y el ser que ahogaron en el seno de su madre, eran el marido y el hijo de mi hermana; ese hombre cuyo corazón despedazaron era mi padre, y tengo obligación de pedir cuenta de esas muertes.» ¿Es cierto, Defarge?

— Es cierto, murmuró el tabernero.

— Di pues al viento y á las llamas que se paren, pero no me lo digas á mí, repuso su mujer.

El lector no hubiera necesitado verla para saber cuán pálida estaba.

Juan tercero y la Venganza sentían una horrible satisfacción al descubrir el origen mortal de su odio y la felicitaron con entusiasmo.

Defarge, que formaba una débil minoría, invocó la memoria de la marquesa y recordó sus intenciones generosas, pero solo consiguió que su mujer repitiera estas palabras:

— Di al viento y á la llama que se paren, pero no á mí.

Entraron varias personas y el grupo se dispersó.

Cartone pagó lo que había tomado, contó con ademán embarazado el dinero que le devolvían y suplicó á la señora Defarge que le indicase el camino del Palacio Nacional.

— Bien puedo abrazarla.

Se acuerdan de haberle oído murmurar algunas palabras cuando se inclinó para abrazarla y besarla en la frente, y la niña les dijo entonces, así como en su vejez

lo contó á los hijos de su hija, que le había oído proférer estas palabras:

La tabernera le acompañó hasta la puerta, le puso la mano izquierda sobre el brazo y le indicó con la derecha la dirección que debía tomar. Cartone pensó entonces que sería una buena acción apoderarse del brazo que se apoyaba en el suyo, levantarlo y hundir un acero agudo en el pecho que lo sostenía, pero se alejó y desapareció en la oscuridad.

A la hora convenida se presentó en casa de M. Lorry a quien encontró paseándose por el aposento con agitación. El banquero llegaba de casa de Lucia, y solo se había separado de ella para acudir a la cita que había dado a Cartone.

Nadie había visto a M. Manette desde su salida de casa del banquero cuatro horas antes. Su hija concebía alguna esperanza suponiendo que sus esfuerzos le habrían alentado a dar nuevos pasos, pero los demás se preguntaban dónde podía estar.

Dieron las diez y aun no había vuelto.

No queriendo M. Lorry que Lucia se quedase sola por más tiempo, salió para hacerla compañía, diciendo que volvería a las doce de la noche y suplicando a Cartone que recibiera al doctor durante su ausencia.

El reloj señaló las once, dieron las doce, y el doctor no parecía.

M. Lorry volvió sin que pudieran darle noticias de él y sin traer ninguna.

¿En dónde podía estar?

Cartone y M. Lorry discutían el hecho y principiaban a augurar bien de su larga ausencia, cuando creyeron oír rumor de pasos en la escalera.

Era el doctor, pero desde que entró comprendieron los dos amigos que todo estaba perdido.

No se supo nunca si había ido a ver a alguno o si había vagado al azar desde su partida. El banquero y Cartone no le dirigieron ninguna pregunta, porque su rostro les anunciaba todo lo que debían saber.

— No he podido encontrarlo, dijo mirando en torno de la sala, y sin embargo, lo necesito. ¿En dónde lo han puesto?

No llevaba corbata ni sombrero, y mientras su mirada examinaba el pavimento, se quitó la casaca y la dejó caer al suelo.

— Mi banco... ¿en dónde está? lo he buscado por todas partes. ¿Qué han hecho de mis instrumentos, de mi trabajo? El tiempo urge... es preciso que acabe estos zapatos.

Los dos amigos se miraron y sintieron desfallecer su corazón.

— Por favor, dijo con voz quejumbrosa, devolvédme lo; necesito trabajar.

No recibiendo contestación se tiró de los cabellos y pateó el suelo como un niño enojado.

— No atormentéis a un pobre miserable, exclamó con voz desgarradora, dadme mi trabajo. ¿Qué será de mí si no acabo los zapatos?

¡Estaba perdido... perdido sin recurso!

Lorry y Cartone le hicieron sentar delante de la chimenea, y le prometieron que muy pronto tendría sus instrumentos y los zapatos.

El pobre loco se dejó caer en el sillón, miró la llama con mirada fija y se cubrieron de lágrimas sus mejillas. Todo lo que había pasado en aquellos diez y ocho años pareció que no era más que un sueño, y M. Lorry volvió a encontrarse al lado del infeliz que Defarge albergaba en su guardilla.

Por grande que fuera el dolor que inspiraba a los dos amigos aquel espectáculo, no era el momento oportuno para entregarse a la emoción que sentían, y el recuerdo de la pobre mujer que perdía a un tiempo su última esperanza y su único sosten, les recordaba vivamente lo que tenían que hacer.

— Se perdió la última esperanza, dijo Cartone; pero era tan vana que no debemos sentirla. Creo que debíais conducirlo a su casa, pero dignaos antes escucharme. No me hagáis preguntas acerca de los consejos que voy a daros ni de la promesa que he de pedir; tengo un motivo poderoso para obrar así.

— No lo dudo, dijo M. Lorry: os lo prometo todo desde ahora.

El doctor movía en tanto la cabeza con expresión dolorosa y gimiendo.

Los dos amigos hablaban en voz baja como si hubieran estado al lado de un enfermo.

Cartone levantó del suelo la casaca del doctor que este tenía cruzada en los pies, y en el momento de hacerlo salió del bolsillo una cartera que cayó en el pavimento.

— ¿Podemos abrirla? dijo Cartone al anciano.

— Sí, respondió este.

Cartone encontró un papel que desplegó y exclamó al leerlo:

— ¡Alabado sea Dios!

— ¿Qué papel es ese? preguntó M. Lorry.

— Os lo diré al momento, respondió sacando de su bolsillo un papel parecido al que tenía en la mano. Este es mi pasaporte, guardadlo hasta mañana. Como he de ir a ver a M. Darnay, conviene que no lo lleve conmigo.

— ¿Por qué?

— No lo sé, pero si lo guardais vos estaré más tranquilo. Lo que acabo de encontrar en la cartera del doctor es un salvo-conducto para él, su hija y su nieta que les permite salir de París cuando les parezca bien y dirigirse a la frontera. Juntadlo con vuestro pasaporte y con el mío, y no lo perdais; tengo mis razones para creer que nos será muy útil.

— ¿Es decir que ningún peligro les amenaza?

— Por el contrario, la señora Defarge va a denunciarlos; lo sé de su propia boca. Ha dicho delante de mí diferentes cosas que me inspiran serios temores, e in-

mediatamente he ido a ver a Barsad, que ha confirmado mis sospechas. Según parece, un serrador que vive detrás de la Force y que está bajo la autoridad de la tabernera, le ha contado que la había visto (Cartone no pronunciaba nunca el nombre de Lucia) hacer señas a los presos. Es fácil prever una acusación de conspiración contra la República, acusación que se castiga con la pena de muerte, y que podría extenderse a su padre y a su hija... No temáis, los salvaremos.

— ¡Dios lo quiera! Pero ¿cómo haremos?...

— Eso depende de vos, es decir, que el éxito es seguro. La denuncia de la señora Defarge no se hará hasta pasado mañana, y es probable que se esperará hasta fines de la semana. Sabéis que es un crimen llorar por los desgraciados que perecen en el cadalso; el doctor y su hija se harían indudablemente culpables de este crimen, y la denunciadora, cuyo odio inveterado es imposible describir, esperará algunos días para añadir esta acusación a los cargos anteriores. ¿Hareis lo que os digo? ¿Me prestais atención?

— Sí, y tanta que hasta le había olvidado, dijo el anciano designando al doctor.

— Teneis dinero, y podeis llegar a la costa fácilmente. Hacedo ya todos los preparativos para regresar a Inglaterra; pedis mañana caballos de posta y partis a las diez.

— Lo haré así.

El entusiasmo con que hablaba Cartone inspiraba al anciano un ardor que no era propio de su edad.

— Sois un noble amigo, repuso Cartone, y sabía que podíamos contar con vos. Id en seguida a anunciarle el peligro que la amenaza, decidle que su padre y su hija perecerían con ella, e insistid especialmente en esta consideración, porque tendría un placer en dejar su hermosa cabeza en el cadalso al mismo tiempo que su marido.

Su voz se alteró al pronunciar estas palabras, pero continuó con firmeza:

— Por el amor que os inspira, por su hija y por su padre, haced que comprenda la necesidad de partir inmediatamente. Decidla que es la última voluntad de quien la ama. ¿Creéis que su padre obedecerá en el estado en que se encuentra?

— Obedecerá.

— Bien. Haced con reserva todos los preparativos necesarios. Que el coche esté en el patio a las diez, y subid vos primero para que ella pueda partir luego que vuelva yo de la cárcel.

— Se hará todo como decis. ¿Debo esperaros suceda lo que suceda?

— Indudablemente; teneis mi pasaporte y mi equipaje; guardadme un asiento, y no partais sin que esté ocupado, pero no os detengais entonces ni un momento.

— Bien, dijo M. Lorry estrechándole la mano; no dependerá todo de un pobre viejo, pues tendré para sostenerme un hombre joven y fiel.

— Así lo espero; pero prometedme que ninguna influencia os hará modificar las disposiciones que acabo de daros, y que nos comprometemos mutuamente a observar.

— Os lo prometo, Cartone.

— Os lo suplico... no vacileis ni retardeis un momento la partida. Abandonad al que nadie podrá salvar, para no sacrificar tantas vidas preciosas.

— No temáis, no lo olvidaré; cumpliré mi misión.

— Y yo la mía. Podemos separarnos... ¡Adios!

Aunque pronunció esta palabra con expresión risueña y grave y besó la mano de M. Lorry, no salió inmediatamente; ayudó al anciano a levantar al loco que continuaba gimiendo, envolvió en una capa al pobre doctor, le puso un sombrero, y le persuadió a que les siguiese diciéndole que iban a ver dónde le habían ocultado el banquillo y los zapatos.

Y sosteniendo en su brazo a M. Manette, se dirigió a la casa donde velaba la mujer afligida que era tan feliz en la época en que le descubrió su corazón. Se detuvo algunos instantes en el patio, alzó los ojos hacia el aposento que ocupaba Lucia, y antes de partir le envió una bendición y un adiós ferviente.

CAPITULO XIII.

CINCUENTA Y DOS CABEZAS.

Los que debían morir aquel día esperaban su última hora en la Conserjería.

Su número era igual al de las semanas del año; cincuenta y dos personas arrebatadas por la corriente iban a ser lanzadas en el océano eterno y sin orillas. Aun no habían salido de sus calabozos y ya estaban designados sus sucesores; antes que su sangre se hubiese mezclado con la del día anterior, se había separado ya la que al día siguiente iría a reunirse con la suya.

¡Cincuenta y dos reos!... Desde el recaudador general mas que septuagenario, cuyas inmensas riquezas no podían rescatarle la vida, hasta la jornalera de veinte años a quien no había protegido una existencia pobre y oscura. Las enfermedades pestilenciales que resultan de los vicios y de la incuria de los hombres eligen sus víctimas en todas las clases de la sociedad, y el atroz delirio que engendra la miseria, la opresión y la dureza de corazón hieren igualmente a ciegas y eligen en todas partes sus víctimas.

Carlos estaba solo en su prisión sin abrigar la menor esperanza; mientras el presidente leía la fatal historia de su familia, se convenció de que ninguna influencia

le salvaría del suplicio, que estaba condenado por millones de votos, y que no prevalecerían las unidades contra tan inmenso total.

Sin embargo, como sus ojos no veían mas que una imagen adorada, le era difícil aceptar el fallo de sus jueces; lazos poderosos le unían a la existencia; lo que había sucedido durante los dos días anteriores había duplicado sus fuerzas devolviéndole la libertad, y cuando toda su energía se empleaba en volver a gozar la felicidad, le arrancaban bruscamente la existencia. Corrientes tumultuosas se estrellaban en su corazón y en su mente, de donde la rebelión ahuyentaba al espíritu de resignación, y si llegaba a prestar oído a esta, su esposa y su hija protestaban contra su egoísmo.

Tales fueron al principio los sentimientos del preso: después reflexionó que no era un baldon padecer el castigo que le esperaba, que todos los días eran enviados al cadalso una multitud de inocentes y subían las gradas del cadalso con paso firme, y que sería en lo venidero un consuelo para los seres que debían sobrevivirle saber que había muerto con serenidad. Por último, tranquilizándose poco a poco, elevó a mayor altura su espíritu, y la paz descendió a su alma.

El día iba a espirar cuando recobró toda su presencia de ánimo, y habiéndole permitido comprar luz y recado de escribir, hizo uso de este permiso hasta el momento de apagar las lámparas.

En la carta que dirigía a su esposa le dijo que había ignorado la prisión del doctor hasta que ella misma se lo había contado, y que hasta que el presidente leyó el papel entregado por Defarge no había sabido la parte que habían tomado su padre y su tío en aquella infamia. Le dijo además que le había ocultado su verdadero nombre para obedecer a M. Manette, que le había exigido esta promesa el día de su casamiento. Le encargaba que no tratase de saber si el doctor había olvidado la existencia del documento que había escrito, ni si se lo había recordado el descubrimiento hecho en la Torre de Londres, y que él, Carlos, había contado un domingo por la noche estando debajo del plátano. Suponiendo que el doctor hubiera conservado el recuerdo de aquel escrito, debió creer que no había sido encontrado en la toma de la Bastilla, pues no se mencionaba en diversos relatos de aquel acontecimiento en que se hablaba minuciosamente de los mas insignificantes vestigios que habían dejado los presos.

Aunque no tenía necesidad de que se lo suplicasen, Carlos decía a Lucia que le rogaba que emplease todos los medios que le inspirase su cariño para demostrar al doctor que no había hecho nada de que tuviera que arrepentirse, y para recordarle que por el contrario, se había sacrificado siempre por sus hijos, y que estos se lo agradecían. Finalmente, después de darle gracias por la felicidad que le había proporcionado y de suplicarle que venciese su dolor para consagrarse a su hija, le encargaba que consolase a su padre y que no dejase de cumplir con esta tarea filial en consideración al día que debía reunirlos.

Escribió al doctor en el mismo sentido, le recomendó su esposa y su hija, le recordó que no tenían mas apoyo que el que podía darles, y se lo repitió varias veces, con la esperanza de que esta idea ayudaría a su suegro a vencer un abatimiento cuyas consecuencias temía, y le arrancaría a recuerdos que podían serle funestos.

Confió los tres seres queridos a M. Lorry, a quien explicó el estado de sus negocios, dirigió algunas expresiones de afecto y de gratitud al excelente anciano, y no dijo una palabra a Cartone, de quien no se acordó siquiera.

Cuando terminó sus cartas se acostó en el jergón que le servía de lecho, y pensó que había acabado con las cosas de la tierra.

Pero se las recordó el sueño en el cual el mundo tomó ante sus ojos formas seductoras. Soñó que era libre, que volvía a encontrarse en la casa de Soho, la cual reconocía, aunque no se parecía a la que era en realidad. Salvado de la muerte por un prodigio que no se explicaba, volvía a ver a Lucia, la cual le decía que todo había sido un sueño, y que nunca había ido a Francia ni se había separado de ella. Sobrevino una pausa, se había ejecutado el fallo fatal, y sin embargo se hallaba al lado de los que amaba, gozaba una dicha pacífica, y a pesar de haber muerto, no había sufrido cambio alguno. Todo desapareció por segunda vez, sin que tuviera conocimiento de este misterio, y después se despertó y se preguntó en dónde estaba hasta el momento en que recobró la memoria.

— Hoy es el último día de mi vida, dijo.

Pero como estaba tranquilo y no tenía que luchar ya consigo mismo, un nuevo orden de ideas se apoderó de su alma y le causó una extraña inquietud.

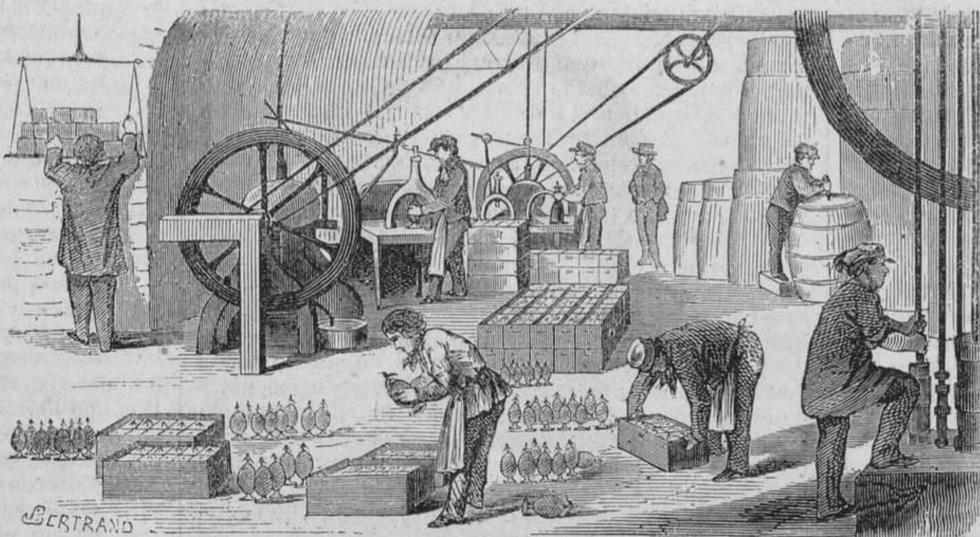
(Se continuará.)

La fabricación del agua de Seltz.

Repetidas veces hemos tenido ocasión de pasar revista a diferentes industrias, cuyo conocimiento nos ha parecido interesante para los lectores del *Correo de Ultramar*, y continuando hoy este sistema que seguimos sin ningún plan trazado de antemano, a medida que se ofrecen a nosotros los asuntos de descripción y de estudio, vamos a tratar de un establecimiento dedicado a un género de producción que se conoce en todo el universo. Nos referimos a la fabricación del agua de

Seltz, que muchos tienen sin duda por una manipulacion difícil, en tanto que por el contrario es sencillísima, gracias á las máquinas inventadas *ad hoc*. No serán largas nuestras explicaciones.

Penetremos en el establecimiento de los señores Mondollot, hermanos; el laboratorio está dispuesto en espaciosas cuevas con pavimento de mármol. El primer compartimiento de estas cuevas le ocupa la máquina de vapor, y sigue luego una sala llena de enormes cubas alimentadas por una presa de agua de la villa de Paris, agua que se filtra en el mismo lugar mediante un ingenioso sistema. De aquí pasamos al laboratorio especial donde se hace la operacion principal: — Un frasco que contiene un ácido para este uso comunica por un tubo con una vasija de metal tapada y que encierra blanco de Meu-



Fabricacion y embotellamiento del agua de Seltz.

don, mármol ú otra materia calcárea. Dejan correr cierta cantidad de ácido á esa vasija, y por reaccion se produce al instante gas ácido carbónico. Otro tubo conduce este gas á un tonel, donde pasa al través del líquido para purificarse, y del que se desprende despues por una salida que le introduce en otro tonel para acabar su purificacion. Despues de estas diversas peregrinaciones, el gas pasa por un tubo á una campana de metal tambien, llamada gasómetro. Todo el mundo sabe que el agua de Seltz no es otra cosa que agua ordinaria saturada de gas ácido carbónico. Hé aquí pues á la mano los dos elementos que la componen; el agua clarificada y el gas perfectamente puro y sano.

Un tubo que arranca del gasómetro hace comunicar el gas en el barril de una de las máquinas que se



Talleres de los fundidores, torneros, etc.

ven en nuestro dibujo. Este barril, ó mejor dicho, este recipiente, puesto así en comunicacion con el gas, lo está igualmente con las cubas de agua. Su disposicion se halla combinada de modo que siempre se encuentra lleno de agua hasta la mitad; el gas viene á ocupar la otra mitad. Un juego de paletas organizado en este recipiente recibe su movimiento del vapor, y por su velocidad de rotacion mezcla forzosamente el gas con el agua. Hé ahí pues fabricada el agua de Seltz; ahora solo falta embotellarla por medio de un émbolo. Se observará que estando el gas y el agua en comunicacion constante con el recipiente de la máquina y operando las paletas la mezcla instantaneamente, el líquido se produce tan luego como le sacan.

Los señores Mondollot son inventores de un sistema de botellas que llaman vasijas moderadoras, especie de esferoides largas de cristal, y enmimbradas de rotin. En su base tienen



Operarios enmimbrando las botellas.

una válvula, y para llevarlas no hay mas que someter esta válvula á la accion del émbolo de la máquina. Una vez llena la botella, la vuelven y se cierra la válvula. — Con la misma facilidad se vacia esta botella mediante su sifon.

Otro ramo de la industria de los señores Mondollot, es la fabricacion de aparatos para aguas gaseosas, conocidos con el nombre de gasógenos-Briet. Estos aparatos no son esas enormes máquinas empleadas para la fabricacion en grande de las aguas de Seltz, sino el elegante utensilio con que uno mismo se prepara las bebidas gaseosas.

Al visitar los talleres de que nos ocupamos, sorprende que un objeto tan menudo implique una fabricacion tan importante y tan complicada. Mas de cien obreros están ahí, haciendo cada cual su parte en el trabajo; fundidores, torneros, enmimbradores, etc.

Por medio del aparato gasógeno-Briet, se obtiene

con mucha baratura y al instante, no solo el agua de Seltz, sino una porcion de otras soluciones gaseosas, como agua de Vichy, agua de Sedlitz, limonada, vino espumoso, soda-water, etc., etc. El agua de Seltz, como hemos dicho ya, es agua ordinaria combinada con gas ácido carbónico. En el aparato en cuestion se obtiene este gas por la mezcla de cierta cantidad de ácido tártrico y de bicarbonato de sosa. Se echan estos polvos en la bola que está en el bajo del aparato, y un tubo, obra muy ingeniosa, viene á establecer la comunicacion con la bola de arriba, la cual encierra el líquido destinado á la bebida. Este tubo hace descender cierta cantidad de agua á la bola de abajo para producir la disolucion de los polvos, y conduce en seguida á la bola de arriba el gas ácido carbónico, pero solo el gas, y de modo que impida se introduzca ninguna partícula de polvo.

Este tubo desempeña todas estas funciones con la mayor sencillez; distribuye á la bola de abajo la justa cantidad de agua necesaria para la disolucion de los polvos; el gas sube á la bola de arriba atravesando un filtro de plata con agujeros capilares, y se cuele en cierto modo al través de todo el líquido que debe saturar. Observaremos que distribuyendo este filtro el gas en partículas muy ténues, le mezcla perfectamente con el agua.

Para evitar todo accidente, el gasógeno-Briet está enmibrado elegantemente de rotin, lo que ofrece la doble ventaja de preservar el aparato amortiguando los choques, y de conservarle siempre su lustre y su limpieza.

A. R.



El general polaco Bossak.

El general polaco Bossak.

El general Bossak se halla al frente de un cuerpo de polacos constantemente perseguido y atacado por los cuerpos combinados de los generales rusos Ouchakou, Ezengier, y de los coroneles Bentkowski y Gawrylow. Bossak es pariente del emperador ruso, y con este motivo su augusto primo le ha condenado á ser llevado vivo, cueste lo que cueste, á las autoridades de San Pe-

tersburgo. Sin embargo, este proyecto proseguido con encarnizamiento no se ha podido realizar hasta el dia, y la voluntad del poderoso monarca ha sufrido al menos esta vez un revés completo.

Aunque jóven, el general polaco posee un conocimiento demasiado profundo del arte militar para dejarse derrotar por un enemigo aun diez veces superior en número. En este apuro recurrieron á una estratagemata que se emplea mucho en Rusia; esparcieron una porcion de agentes y de espías por todas las aldeas de la Polonia, y particularmente por aquellas en donde podian detenerse ó alimentarse los insurrectos mandados por el general Bossak, para ganar á sus habitantes. Inducido

en error por la ardiente propaganda, el campesino ignorante suele convertirse en instrumento de este refinamiento; pero el jefe de los sublevados ha apelado tambien á otro medio para poner fin al subterfugio. Organizó un destacamento de polacos y los vistió de cosacos rusos, hombres todos que conocian perfectamente el idioma y las proezas de estos salvajes. En seguida les mandó practicar un reconocimiento por las aldeas sospechosas, y ordenó que se llamara á los hombres de buena voluntad para conducir al destacamento cosaco al campo de los traidores. En cuanto adquirió la conviccion de que vendian la causa nacional, les acordó una gratificacion anunciada por los rusos; luego los reunió y los juzgó ante los habitantes, y allí fueron condenados á distintas penas, algunos de ellos á la pena capital.

Despues de la derrota de los rusos en Opatow, el general polaco vigilaba dia y noche para custodiar á su pequeño cuerpo de ejército que no pasa de 4.000 hombres, y que á consecuencia del último descalabro sufrido por los rusos, se vió expuesto á la accion combinada de varias fuerzas enemigas.

Bossak reconoció pues la necesidad de hacer frente á esa fuerza numérica extraordinaria, mediante la disposicion de sus tropas en partidas, en medio de las cuales se encuentra él con su estado mayor, de manera que si se ve amenazado por uno, dos y hasta tres puntos á la vez, sus partidas levantan el campo conforme se acerca el enemigo, y cede sin esfuerzo el terreno á las masas moscovitas, cansándolas constantemente.

Preocupado sin cesar del armamento de su cuerpo, preve llegará el dia en que le faltarán absolutamente las municiones, y ha tomado ya las medidas oportunas para remediar los peligros que amenazan á la insurreccion por parte de la Prusia y del Austria.

A. O.

El corredor de playa.

(Continuacion.)

— Así me gusta, hija mia, repuso el padre Stock abrazándola con ternura. No te dejes abatir, ten confianza



El emperador Napoleon pasando revista á los regimientos de caballería. — (Véase la Revista de Paris.)

siquiera por mí: ¿no sabes lo que he sufrido estos días!

— Perdonadme, padre: he comprendido vuestros sabores y me han arrancado lágrimas; pero en vano quería dominar mi inquietud: ¡gran Dios! ¡un soldado! ¿qué puede buscar?

Un triple grito resonó en la cabaña.

— Dios sea en esta casa, exclamó el soldado en alemán desde el dintel de la puerta.

José y la tía Clara se acercaron a él, que dijo entonces:

— ¿Quién vive en esta casa?

— Simon Stock.

— ¿Dónde está? tengo que hablarle a él mismo.

La tía Clara y José se acercaron al soldado exclamando:

— En casa está, le haremos salir.

Y el padre Stock, conducido por su hija, salió a la puerta de la cabaña; todos rodearon al soldado con inquietud, pero él les hizo seña de que se alejaran, exclamando:

— Volved a la cabaña; tengo que estar solo con el ciego.

Obedecieronle, y entonces el soldado sacó un envoltorio que puso en las manos del anciano, diciéndole al oído:

— El capitán ayudante Stock me ha entregado esto para vos, que creo que es un regalo de uno que conocéis mucho; guardad el mas profundo secreto, y adios.

Y diciendo estas palabras, montó en el caballo que había dejado a corta distancia, y se lanzó a galope sobre las dunas.

— ¿Qué os ha dicho el soldado? exclamaron todos al ver que el ciego se presentaba solo en la puerta de la cabaña.

— Un mensaje de mi hermano Luis; me ha recomendado el mayor secreto, dice que es un presente de uno que conocemos mucho.

— ¡De M. de Milval! exclamó la joven.

— ¡Qué disparate! ¿Cómo M. de Milval nos había de enviar nada por medio de tu tío? Abre el paquete y sepamos lo que significa este misterio.

Bella abrió el envoltorio y el medallón cayó sobre la mesa.

— ¡Ah! ¡el retrato de su madre para recompensar nuestros cuidados!

Y abrió el medallón con trémula mano.

— ¡Cuántos brillantes! dijo la tía Clara palmoteando; ya sois rico, hermano.

— ¡Es todo un tesoro! dijo José.

— ¡Qué generoso! murmuró Bella conmovida.

Este retrato era el único recuerdo que conservaba de su madre: nos da lo que mas quiere en el mundo.

— Pero ¿cómo ha venido ese retrato a poder de mi hermano?

— ¿No os lo ha dicho el soldado?

— No.

— Quizá M. de Milval le habrá enviado al tío Luis con un mensajero seguro. Pero aquí hay un pliego: sin duda es la explicación de este extraño mensaje.

Y la joven desdobló la hoja de papel y leyó con dificultad lo siguiente, mientras los demás escuchaban con ansiedad:

«Hoy 13 de julio de 1794, ha comparecido ante nos maese Berginan, notario de la ciudad de Nieuport, M. Edmundo de Milval, nacido en Bergues de Francia, el cual, en su cabal razón y salud ha declarado en presencia de testigos instituir por su heredera universal a Bella Stock, hija de Simon Stock, pescador de Adinkerke...»

Bella palideció y miró aterrada a su tía.

— ¡Eso es un testamento! dijo esta.

— ¡Un testamento! ¡Lo que prueba que va a morir... que ha muerto quizá! repuso la joven abandonándose en brazos de su padre, deshecha en lágrimas.

— Vamos, Bella, serénate, ¿no acabas de leer que M. de Milval gozaba buena salud cuando ha hecho ese testamento?

— Prima, prima, vos no reflexionais...

— ¡Pero un testamento no se hace hasta que se va uno a morir, padre!

— ¡Qué niña eres! Eso es lo general; pero ¿no comprendes que la intención de M. de Milval ha sido hacer su testamento por si no logra escapar a los peligros que le rodean? Ese papel te prueba que al presente está sano y salvo, y deberías dar gracias a Dios en vez de afligirte.

La joven, reanimada por las palabras de su padre, tomó de nuevo el papel, y entonces advirtió que en la otra cara había algunas líneas escritas con lápiz; dió un grito y murmuró:

— ¡Ah! esto está escrito por su propia mano.

Todos aguardaron con ansiedad; pero apenas la joven hubo recorrido las primeras líneas, dió un grito, su rostro se cubrió de mortal palidez, el papel se escapó de sus manos, quiso hablar y sus labios se negaron a articular palabra... por fin haciendo un esfuerzo exclamó con acento desesperado:

— ¡Ha caído en poder de las tropas! ¡va a morir! ¡padre, padre! ¡a Nieuport, pronto, a Nieuport antes que muera!

Y arrastró vivamente a su padre; pero en breve las fuerzas le faltaron y cayó sin sentido a sus pies.

XIII.

En un pequeño cuarto de una granja abandonada cerca del campamento, el capitán Luis Stock, sentado

ante una mesa se ocupaba en escribir. La herida de la mano no debía causarle gran dolor, por mas que al moverla se notaba que lo hacia con cierta dificultad.

A poco tocaron en la puerta y un subteniente entró; tenía una carta en la mano, y le dijo despues de hacerle el saludo de ordenanza:

— Capitán, os traigo un mensaje del comandante.

Luis Stock abrió la carta, la recorrió con la vista, y dijo:

— ¿Conoceis el contenido de esta carta?

— Sí, capitán, el comandante pide trescientos obreros mas.

— ¿Hasta tal punto ha destruido el enemigo nuestras trincheras? Yo creí que su tentativa hubiera sido inútil.

— Por el contrario, las ha destruido en gran parte y clavado dos cañones; ahora que tendrán que rehacerse, el comandante quiere reparar los males causados.

— En hora buena; dentro de una hora los trescientos hombres que pide estarán allí.

— El ciudadano comandante me ha encargado tambien que os pregunte por vuestra herida: veo que no es peligrosa.

— No tal, un bayonetazo insignificante en la mano derecha.

— ¿El general en jefe no he vuelto aun?

— No: le aguardamos de un momento a otro. Adios, y salud a los amigos en mi nombre.

En cuanto el subteniente dejó la estancia, Luis Stock volvió a escribir de nuevo. Dobló sucesivamente tres hojas de papel y despues llamó: un sargento se presentó en el dintel de la puerta.

— Que se lleven al instante estas órdenes: ¿no se ha apercibido ningun movimiento hacia el cuartel general que indique la llegada del jefe?

— Ninguno, mi capitán.

— Id pronto.

— Mi capitán, dijo el sargento, delante de la granja han llegado unas pobres gentes que pronuncian vuestro nombre, pero no entendemos lo que quieren decir: parecen pescadores, y entre ellos viene un anciano ciego.

Luis Stock pareció sorprendido y contrariado; pero no obstante, dijo:

— Que entren al punto.

Y cuando estuvo solo prosiguió:

— ¡He sido muy imprudente! he enviado inmediatamente el testamento de M. de Milval a mi hermano, creyendo que el general en jefe vendría antes, y los prisioneros hubieran sido ejecutados antes de que mi asistente regresara: ahora los tengo aquí para que no puedan servir sus quejas ni sus súplicas.

En cuanto Bella apercibió al capitán, prorumpió en sollozos cruzando sus manos en ademán de súplica.

— Vamos, valor, sobrina, exclamó el capitán con acento severo. En la guerra hay los mismos peligros para todos.

La joven hizo por dominar su emoción, y cuando vió que el capitán cerraba la puerta detrás de José, exclamó con angustia:

— Tío, por favor: ¿Ha muerto ya M. de Milval?

— No, Bella; todavía no.

— ¿No me engaños?

— No.

— ¡Gracias, Dios mio! ¡Vive, padre! ¡Vive, José! Dios de misericordia.

Y loca de alegría, corrió de uno a otro estrechando sus manos con ademán delirante; el capitán movió tristemente la cabeza, y Bella, con las manos cruzadas, se colocó ante él exclamando:

— ¿Vos lo salvaréis, no es cierto?

— Imposible, sobrina; no hay esperanza para él.

— ¿Que no hay esperanza? ¿Pero no veis que el mismo Dios le protege? Estaba moribundo entre las dunas, y Dios me envió en su socorro; le delató un traidor, y Dios permite que José y yo le conduzcamos salvo a Nieuport; entra en acción, y las balas le respetan; le prenden, y Dios me manda tambien para que pida por él. ¿No veis en todo esto, tío, que la Providencia nos manda salvar a un desgraciado?

Luis Stock no respondió a esta ardiente súplica, y dijo lentamente:

— Sentaos, amigos; vos, Bella, reportad vuestra emoción. Lo que os digo os entristecera, no lo dudo, pero nada se puede hacer por él. La fatalidad es mas fuerte que el hombre, y este tiene que inclinarse ante sus inflexibles fallos; sobre todo no habéis tan alto, que nadie debe oír lo que aquí os voy a decir.

— ¡Ah, me aterráis! murmuró la joven.

— ¡Hermano, ten compasión de mi hija!

— ¡Por piedad, capitán, pensad en vuestra sobrina!

añadió José.

— ¡Estais todos locos! repuso el capitán con impaciencia. ¿Queréis que salve de la muerte a M. de Milval? Yo no puedo hacer semejante milagro, y si lo intentase, sería yo el fusilado.

La joven clavó en él su vista extraviada, y dijo con angustia:

— Pero, tío, vos habeis dicho que el general os quiere mucho; él es el jefe, y una palabra suya le salvaría.

— El general no puede violar las leyes de la república.

— ¡Oh! Decidle vos que ese infeliz ha sufrido mucho; referidle la muerte de sus padres, la pérdida de sus bienes, y si ese hombre tiene corazón, tendrá piedad de él.

— Es inútil, Bella.

— Pues bien, tío; conducidme a mí a su presencia. Yo me echaré a sus pies, los regaré con mi llanto...

— Sería inútil tambien; no lograrías salvar a M. de Milval.

— ¡Oh, Dios mio! ¿Tanta sed tienen de su sangre? Dijo y ocultó el rostro en el pecho de su padre.

— Luis, murmuró el anciano; yo te suplico, por la memoria de nuestra santa madre, que tengas piedad del dolor de esta pobre niña.

— ¡Piedad! murmuró el capitán. ¿No veis que estoy llorando tambien? Pero yo nada puedo contra la fatalidad.

— Habla al general. Quizá se ablande.

— El general no puede hacer nada en favor de un rebelde.

— Luis, Luis, no nos quites toda esperanza: Dios es misericordioso. No sabes lo que ha decidido.

El capitán hizo un movimiento de impaciencia y repuso:

— ¿Tú tambien, Simon, esperas una intervención sobrenatural en hechos que son tan humanos? No digais eso. El general no puede mas que obedecer las órdenes de la república, y aunque su corazón es bueno, aunque la sangre que no se vierte sobre el campo de batalla le repugna, si su propio hermano estuviese entre los prisioneros, no podría salvarle mas que a costa de su propia vida. Asi pues, no insistais; renunciad a toda esperanza y doblad la cabeza con resignación ante los decretos inmutables de la suerte. Vos, Simon, sois hombre, sois padre, y a vos toca con vuestra conformidad inspirar a vuestra hija.

El anciano inclinó a su vez la cabeza, y dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos hasta los cabellos de su hija.

José, que hasta entonces no había dicho una palabra, contentándose con retorcer sus manos con desesperación, se puso de pie, su frente estaba roja de cólera, y encarándose con el capitán, exclamó con voz ronca:

— ¿Dónde está M. de Milval? Yo le libraré.

— ¿Vos, José? No sabeis lo que decís.

— Ya lo veremos. Señaladme su prisión, y nada mas quiero.

— ¿Estais loco? ¿Qué intentais? repuso el capitán.

— ¿Qué intento? repuso el pescador crispando los puños. Intento solo ó con otros compañeros forzar la puerta de la prisión, llevarle a la playa, y en mi barca conducirlo al cabo a bordo de un navío inglés.

— ¡Insensato! ¿Ignorais que le guardan fuerzas numerosas, y que cien balas os habrán atravesado antes que os acerqueis a él?

— No importa: lo intentaré. En vez de una víctima habrá dos.

— Por fortuna para vos, José, dentro de algunas horas habrá terminado todo. Si llevais a cabo vuestro proyecto, encontrareis la prisión vacía.

José, desanimado con estas palabras, se dejó caer de nuevo sobre la silla, dando un rugido. El capitán se acercó a Bella, tomó una de sus manos y dijo con acento:

— Querida Bella, no me acuseis de insensible. No solamente comprendo vuestro pesar, sino que compadezco, como vos, la suerte de M. de Milval. Si yo pudiera intentar algo para salvarle, aun a costa de un gran peligro, lo intentaría; pero es imposible. Consolaos con la idea de que todos somos mortales, y unos antes, otros despues, tenemos que pagar nuestro tributo a la muerte. Es una sentencia superior contra la cual no podemos rebelarnos. He visto a M. de Milval en su prisión; se muestra tranquilo y casi alegre por ir a reunirse con sus padres. Vos, por vuestra parte, hija mia, serenaos tambien, siquiera por no afligir mas a vuestro anciano padre, y volved a vuestra casa, satisfecha de que habeis intentado cuanto estaba en vuestra mano para salvarle.

El anciano ciego unió sus ruegos a los de su hermano para sacar a Bella de su abatimiento, y José mismo la dirigió algunas frases para animarla. Todos los esfuerzos se estrellaron ante el dolor tenaz de la joven. Por fin poco a poco fueron cesando sus sollozos, y enjugando sus ojos y lanzando un profundo suspiro, exclamó:

— ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Yo me inclino ante sus impenetrables secretos; pero no me negueis, tío, el último favor que voy a pedir.

— Hablad: yo os concederé cuanto esté en lo posible.

— Quisiera verle antes de que muera.

— ¡Cómo! ¿Queréis verle por última vez? Renunciad a tan imprudente deseo. No podéis verle sin prorumpir en llanto, y lo único que conseguireis será quitarle el valor que ahora le anima. ¿A qué emponzoñar sus últimos momentos?

— No, no lloraré, repuso la joven reprimiendo su dolor. Querido tío, si alguna vez me habeis querido, concededme esa gracia, y bendeciré eternamente vuestro nombre.

— Pero Bella...

— Yo os lo ruego por la salud de mi padre. No me lo negueis.

— ¿Esperais todavía salvarle?

— Quiero consolarle, repuso como si no hubiera oído la anterior pregunta. Lejos de robarle la serenidad como vos creéis, quiero fortalecer su espíritu. Dios me lo ha concedido por tanto tiempo, que no me negará la dicha de cumplir mi misión hasta el fin.

— ¡Sois una criatura extraña! exclamó el capitán. Hace un instante abatida por la aflicción, ya resignada y enérgica.

— ¡Oh! no; aun verteré lágrimas, tío; pero las verteré en la soledad por no haberle podido librar de su triste suerte. Sin embargo, ahora me siento capaz de verle sin que la emoción de mi acento descubra la he-

rida que atraviesa mi corazón... ¿No es verdad, tío, que no me negareis verle por la última vez?

El capitán reflexionó un instante.
— ¡Oh! ¡sí, sí, consentís! exclamó Bella.
— Consiento en efecto, dijo con ademán severo el capitán; pero no olvidéis vuestra promesa. Si veo aparecer el llanto en vuestros ojos, al punto interrumpo la entrevista, y todas las súplicas serán inútiles. Dudo, hija mía, que salgais bien de tan difícil prueba.

— Confiad en mi fuerza de voluntad.
— Pues bien; seguidme todos. Por fortuna, el jefe que los tiene a su cargo es uno de mis mejores amigos. De otro modo no consentiría en un paso tan peligroso.
Dejaron todos la granja, y siguieron al capitán por medio del campamento. Los soldados les miraban con asombro, y más de un requiebro ó una chanzoneta burlesca hubieran dirigido a la joven y sus acompañantes a no imponerles respeto la presencia del capitán Stock. Por fin este señaló a la joven la otra granja que servía de cárcel y dijo:

— Allí están los prisioneros: ya no pertenecerían a este mundo, a no ser por la tardanza del general. En cuanto esté de vuelta, se cumplirá su suerte. Yo haré que traigan a M. de Milval a otra pieza donde estaremos solos con él.

Acercáronse a la granja; habló el tío Luis con el oficial que custodiaba a los presos, y el capitán y su familia entraron en la pieza en que ya hemos visto al primero recibir el testamento de M. de Milval.

— Ahora, Bella, preparaos: va a venir.
La joven palideció, sus miembros se agitaron con singular temblor; pero procuró vencerse, mostrando a su tío, que la observaba sin cesar, un rostro en que se leía la resignación.

M. de Milval entró: el capitán cerró la puerta.
— ¡Gran Dios! ¿Es posible? exclamó el joven. ¿Bella, no es sueño que logro veros por la última vez?

Y estrechó sus manos, murmurando frases de infinita ternura.
— ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Sois un ángel de compasión! El cielo os recompensará tantas bondades. Y vos, mi bienhechor, añadió oprimiendo al anciano entre sus brazos, dejadme estrechar ese pecho generoso que tanto ha sufrido por este desgraciado.

M. de Milval abrazaba con ternura al anciano y le demostraba por mil medios su gratitud. Este espectáculo conmovió a todos. Bella temblaba, en sus ojos brillaban lágrimas contenidas... la mirada del capitán estaba fija en ella, y trató de reunir todo su valor; pero sus piernas se doblaban, y tuvo que sentarse para no caer.

Después M. de Milval se dirigió a José, al que llamó igualmente su libertador, y volviéndose a la joven, añadió con dulce sonrisa:
— Si supiérais, Bella, ¡qué dichoso soy! He rogado a Dios, aunque sin atreverme a esperarlo, que me concediera veros, y Dios me otorga esa dicha suprema.

— ¡Bendito sea su santo nombre! exclamó la joven con piadosa exaltación.
— ¿Estais triste, Bella? ¿Os aflige mi suerte? Consolaos: el mundo no me ha dado más que amarguras; me obligaría desde ahora a vivir sin patria, sin familia, sin asilo... Ya veis que la muerte para mí es un favor del cielo, una libertad. Mi alma volará en breve a reunirse con las de mis padres, y habiéndome el Señor concedido que escuche mi postrer adiós de vuestro labio, la tristeza no debe oscurecer mis últimos instantes. Levantad la cabeza, amiga mía; mostradme ese bello rostro que por tantas veces me ha inspirado valor y esperanza.

— ¿Porqué no? murmuró débilmente Bella. Conservad ese valor. ¡Erais tan desgraciado sobre la tierra! Además en ella a nadie dejais que os cause pena...
Obligada a molestar su dolor, no encontraba frases. ¡Ah! si hubiera podido dar rienda suelta a sus quejas. Pero el temor de que su tío la arrancase de allí, la hacía contener con sobrehumano esfuerzo su inmensa amargura.

— Que no me cause pena el dejar a nadie, dijo el joven repitiendo sus últimas palabras. Si tal: ya os lo he escrito. El único pesar que llevo a la tumba es no poder consagrar mi vida a vuestra dicha y la de vuestro padre; pero Dios recompensará lo que habeis hecho por el pobre proscrito. Bella, guardad como una reliquia el retrato de mi madre, llevadle sobre vuestro corazón y pensad en ella y en mí en vuestras oraciones.

— Yo rogaré por vos y por vuestros padres todos los días hasta el de mi muerte, murmuró la joven.
— Guardad también mi testamento. Ahora no tiene valor ninguno, quizá algún día le tendrá, y entonces sereis rica y dichosa en el palacio donde nació.

Bella levantó de repente la cabeza como impulsada por un recuerdo, y con acento singular prosiguió:
— M. de Milval, vos guardais un secreto, que según me habeis escrito, bajará con vos a la tumba. Confiadme, y quizá tendré la dicha de consolar ese postrer dolor.

El joven palideció, fijó en Bella una mirada de angustia y murmuró:
— Ese secreto debe morir conmigo.

Bella, sin embargo, debió leer en su mirada la revelación que exigía, porque un grito se escapó de su pecho, y cubriéndose el rostro con la mano, empezó a llorar con desconsuelo.

El capitán, cumpliendo su palabra, se adelantó para cortar la entrevista; pero le detuvo la repentina entrada del oficial de aquella fuerza, que le dijo algunas palabras en francés y desapareció.

— Pronto, dijo entonces el capitán. Darse el último adiós. El capitán general está de vuelta, y su suerte va a decidirse de un momento a otro.

Bella, por un movimiento involuntario, se colocó delante de M. de Milval, como si quisiera impedir que llegasen hasta él los soldados que debían venir en su busca.

— M. de Milval, a vos toca tener valor en este fatal momento, exclamó el capitán. Por piedad, por mi propia sobrina, abreviad esta triste despedida.

Mientras ella se cubría el rostro con las manos, el joven prisionero estrechó sus trémulas manos, después las del anciano y José, exclamando con alterado acento:
— Padre mío, José, Bella, estrechad mi mano por última vez: ya no nos veremos sino en el cielo.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Bella con acento desesperado. Hasta ahora mismo confiaba en vuestra misericordia. ¿Le abandonais? ¿Le dejais morir!

Y con el más profundo terror añadió:
— ¡Oh, ya vienen! ¡Ya se acercan!... ¡Oh!

Y se cubrió el rostro con las manos al oír en efecto abrir la puerta y ruido de armas.

La puerta se abrió, y un personaje, que debía ser un oficial superior a juzgar por los muchos bordados de su uniforme y la rica pluma de su sombrero, entró en la estancia.

— ¿Estais herido, mi valiente capitán? dijo. Por fortuna veo que la herida no es peligrosa.
— ¡El general! repuso el capitán con sorpresa y turbación.

Apenas esta palabra salió de sus labios, Bella estaba a los pies del general, y cruzando las manos en ademán suplicante y con voz ahogada por los sollozos, exclamaba:

— ¡General, general! Dios sin duda os envía. ¡Ah, su perdón, concededme su perdón! Yo bendeciré vuestro nombre, yo rogaré por vos en todas mis oraciones... ¡Oh! Por piedad. Sed misericordioso. Harto ha sufrido sobre la tierra. ¡Perdonadle, perdonadle!

El general, sorprendido por aquella escena inesperada, contempló con interés a la joven desolada y la levantó murmurando algunas frases de consuelo. Bella no comprendió lo que la decía en francés, pero sin embargo en sus ojos brilló un rayo de esperanza.

El general pidió al capitán explicación del dolor extremo que afligía a la joven y de la presencia de aquellas gentes extrañas. Entonces Luis Stock, en voz baja y con precipitación, refirió la historia del prisionero, los beneficios que había derramado sobre él su hermano y la abnegación heroica de su sobrina. El general, visiblemente conmovido, miró sucesivamente al anciano, al prisionero y a la joven, que espiaba con ansiedad las impresiones que se reflejaban en su rostro.

Después de escuchar el relato del capitán, el jefe superior reflexionó un instante y movió melancólicamente la cabeza: de repente una expresión de alegría iluminó su rostro, dijo algunas palabras al capitán y salió.

Bella, que veía partir con él su última esperanza, lanzó un grito desgarrador y se dejó caer de rodillas; pero su tío se volvió a todos después que salió el general, y dijo con ademán misterioso:

— ¡Silencio! No desesperéis. Aun hay esperanza. Y dichas estas palabras, salió también cerrando la puerta tras sí.

— ¡Padre!... ¡José!... M. de Milval, mi pobre amigo, aun hay esperanza, repuso Bella con acento delirante. Oremos, oremos.

Y cruzó sus manos murmurando una ferviente oración.

ción, mientras José y el anciano se descubrían; y el joven prisionero, obedeciendo a una mirada suplicante, caía de rodillas a su lado.

Aquel momento era solemne. A través del rumor que formaban aquellas voces unidas en piadosa oración, hubieran podido oírse los latidos de aquellos corazones.

Un estremecimiento los agitó a todos al ver girar la puerta sobre sus goznes. Era el capitán Luis, que adelantándose al centro de la estancia, murmuró rápidamente:

— El tiempo urge: el general está afectado por el dolor y las súplicas de Bella, y ofrece un medio de salvación a M. de Milval. Si rehusa, no hay esperanza para él; si acepta, está salvado.

— ¡Oh! gracias, gracias, exclamó Bella sucumbiendo casi al exceso de su alegría. Hablad, hablad. ¿Cómo podeis creer que M. de Milval rehusa?

— Escuchad, M. de Milval: desechad preocupaciones mundanas, prosiguió el capitán. Dentro de ocho ó diez días, antes quizá, Nieuport estará en nuestro poder. Pero ¿quién sabe cuántos soldados perderán la vida antes de conseguirlo? Para evitar esa sangre inútil, se ha contado con vos: prestaos a ir a Nieuport como mensajero de las tropas, y aconsejad a la guarnición que se entregue.

(Se concluirá.)

M. Ampere, de la Academia francesa.

M. Ampere, que acaba de morir en Pau a la edad de sesenta y cuatro años, era hijo de un padre ilustre. Entró en la vida literaria cuando el gran movimiento romántico, y fué uno de los más entusiastas campeones de la nueva escuela. Después de haber escrito en varios periódicos, fué nombrado en 1830 suplente de MM. Fauvel y Villemain en la Sorbona, y a poco tiempo titular de la cátedra de historia literaria del Colegio de Francia; en 1842 entró en la Academia de inscripciones y bellas letras, y en 1847 en la Academia francesa.

M. Ampere era uno de los hombres más eruditos y más literarios de la época; amante de los viajes, visitó sucesivamente los países escandinavos, la Grecia, la Alemania, la Italia, el Egipto, la Palestina y las dos Américas, y de todas sus excursiones trajo recuerdos que reunidos en volúmenes, forman quizá la mejor parte de su obra. Su libro titulado: *la Historia romana en Roma*, es uno de los más ingeniosos y originales que haya producido jamás su elocuente pluma. Le han echado en cara el haber diseminado sobre un número muy crecido de materias su talento y su erudición; pero pertenecía a ese grupo de letrados que van adonde les conduce la curiosidad, y que compensan la expansión de su fuerza con eminentes cualidades. Su muerte ha causado en el mundo de las letras un sincero dolor. A su incontestable talento y vastísima erudición, Ampere reunía un carácter tan afable y un espíritu tan liberal que se hacía amigos por do quiera. E. T.

El vicealmirante Penaud.

El vicealmirante Penaud, que ha sido llamado últimamente al mando de la escuadra de evoluciones del Mediterráneo, es uno de los oficiales generales de la marina francesa que poseen las hojas de servicio más brillantes. Grumete en 1814, ha ido recorriendo todos los grados hasta el de vicealmirante, que alcanzó en 1858. Ha ejercido diez y seis mandos de buques, ha sido edecán del almirante Duperré, director del gabinete y jefe de estado mayor del ministro de Marina M. A. Ducos, miembro del consejo de almirantazgo, y de 1860 a 1864, presidente del consejo de las obras. Por último, es gran oficial de la Legión de Honor desde 1855.

El almirante Penaud ha debido todos estos grados y posiciones no al favor, sino a la inteligencia, al ardor y a las cualidades militares que ha desplegado en todas las ocasiones en que ha tenido que desempeñar un papel de la marina. Con efecto, ha tomado parte en todas las grandes expediciones de nuestro tiempo, en la toma de Argel como oficial de ordenanza del ilustre almirante Duperré, en la expedición del Tajo como segundo de la *Armide* y de la *Ville de Marseille*, en el bloqueo de Buenos Aires en 1839, como comandante de la *Triomphante*, y por fin, en las dos memorables campañas del Báltico. En la primera el almirante Penaud mandaba en segundo las fuerzas navales de la Francia, y dió por resultado la toma de Bomarsund; en la segunda mandaba en jefe la escuadra del Báltico, y llevaba a buen término el hermoso hecho de armas de Sweaborg, que produjo la destrucción del arsenal militar, sin perjudicar a la población.

Después de esta brillante campaña (1855) el almirante Penaud podía prometerse legítimamente las charreteras de vicealmirante; mas sin embargo, no las obtuvo hasta noviembre de 1858, cuando hubo mandado en segundo la escuadra de evoluciones del Mediterráneo. En 1860 fué llamado a presidir el consejo de las obras, y de allí salió para tomar el mando de la famosa división de los *acorazados*, que hace algunos meses se aleja de las costas de Francia en busca de las marejadas y las ventoleras, a fin de hacer un experimento con el nuevo material naval.

Según el parecer de todos los oficiales é ingenieros, conductores y constructores de buques, solo el nombre

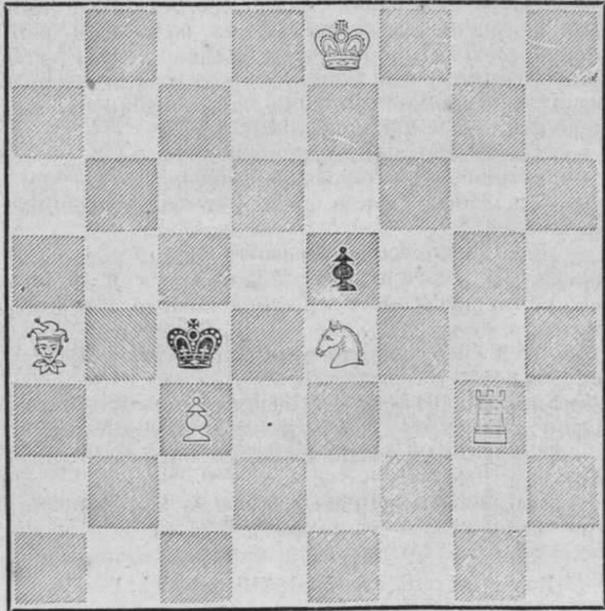
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 108

- 1 Ra casilla CR² A come A
- 2 Ra 5ª AR jaque R 5ª R²
- 3 C 2ª R jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 109, POR M. ANDERSEN.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.



M. Ampère, de la Academia francesa.

generosa entre todas, rígido para sí y benévolo con los otros, adorado del marinero y estimado de todos, tal es el almirante Carlos Penaud. La Francia le ve con confianza en el puesto importante que constituye el mando de la escuadra de evoluciones en el Mediterráneo, pues está segura de que mantendrá con gloria la bandera nacional en todas las ocasiones que puedan presentarse.

P. P.

Ruinas

del castillo de Tiffauges en la Vendée.

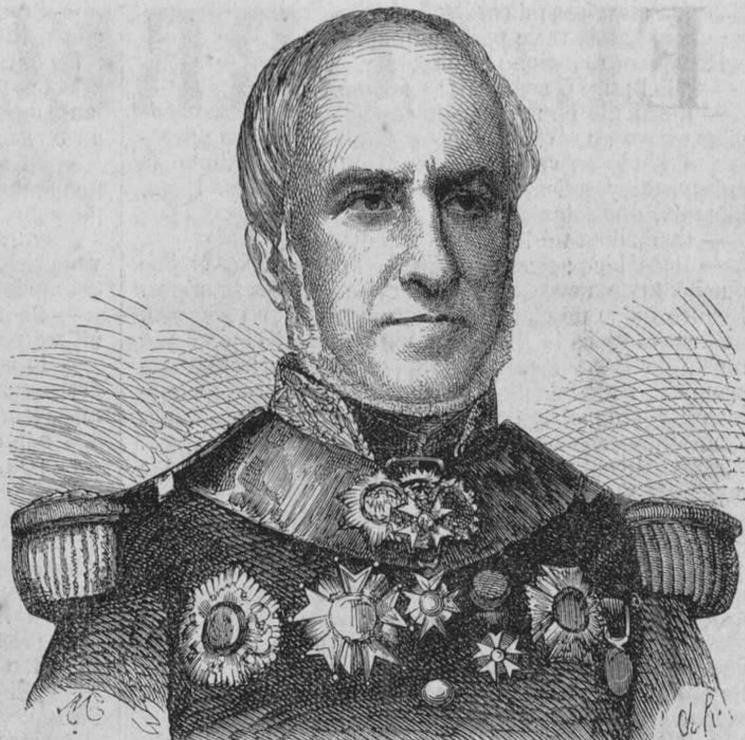
De todas las ruinas feudales que coronan todavía las cumbres de la Vendée, las más imponentes son las que dominan la aldea y el valle de Tiffauges. Nada más pintoresco que los restos del antiguo torreón, de la puerta principal y de la ogiva aun existente de su capilla del siglo XII.

Este señorío, que pertenecía al vizconde de Thouars,

pasó a manos del célebre Gilles de Retz por su enlace con Margarita de Thouars. Según las tradiciones locales, en el torreón que representa nuestro dibujo, tuvieron lugar los lúgubres dramas durante los cuales el florentino Prelati le mostraba el diablo bajo una forma humana.

El aldeano del Bocage, sorprendido por la noche, pasa temblando junto a la sombría poterna que da a los fosos del castillo, y más de una vez afirma haber oído ayes y gritos siniestros que salen de las profundidades del torreón de piedra.

Este temor supersticioso proviene de que hace muchos años se descubrió un depósito de huesos de niños que aquel monstruo inmolaba a sus furores, ó que dejaba morir de hambre en una sala subterránea en los cimientos de la torre.



El vicealmirante Ch. Penaud.

del almirante Penaud como comandante en jefe de esa escuadra, afirmaba ya que la prueba sería concienzuda y completa. Así ha sido en efecto. A la vuelta de su expedición la división acorazada no tenía más que una voz entusiasta para decir con qué audacia é inteligencia el almirante Penaud había sabido manejar desde el primer día esos nuevos instrumentos de navegación y de combate. En cierto modo los había adivinado, y sabía como por intuición lo que podía pedir a unos y a otros. Tal es el carácter del hombre de mar, y tal es en efecto el carácter del almirante Penaud; marino consumado, prudente y temerario a la vez, comprende al punto lo que puede intentar y lo que debe evitar. La prontitud y sangre fría con que concibe y ejecuta los planes más osados dan confianza a sus cooperadores. De entendimiento cultivado, de una naturaleza caballeresca, leal y

Esta sala, que existe aun, no tiene otra abertura que una estrecha claraboya colocada en medio del pavimento del aposento superior. Una hermosa escalera de granito en espiral conduce a las piezas abovedadas al estilo del siglo XV, sobre las cuales hay un camino de ronda.

Las buardas muy salientes cortadas en piedras de granito de grandes dimensiones, prestan al conjunto de este torreón un aspecto de fuerza y solidez extraordinarias. Las murallas de recinto están arruinadas en parte; al través de las rendijas y de la yedra que el viento columpia por do quiera, se distinguen las altas chimeneas de las fábricas de papel que dan a Tiffauges una importancia que hace pocos años no tenía.

O. DE R.



Ruinas del castillo feudal de Tiffauges en la Vendée.